



**¿Se puede confiar
en la Biblia?**

¿Se puede confiar en la Biblia?

*“Toda la Escritura es inspirada por Dios,
y útil para enseñar, para redargüir,
para corregir, para instruir en justicia,
a fin de que el hombre de Dios sea perfecto,
enteramente preparado para toda buena obra”.*

—2 Timoteo 3:16-17

Uno de los libros más conocidos del mundo

Este folleto no es para la venta.
Es una publicación de la Iglesia de Dios Unida,
una Asociación Internacional, que se distribuye gratuitamente.

Salvo indicación contraria, las citas bíblicas son de
la versión Reina-Valera, revisión de 1960.

El lector notará el uso del término *el Eterno* en lugar del nombre *Jehová* que aparece en algunas ediciones de la Biblia. La palabra *Jehová* es una adaptación inexacta al español del nombre hebreo *YHVH*, que en opinión de muchos eruditos está relacionado con el verbo *ser*. En algunas Biblias este nombre aparece traducido como *Yahveh*, *Yavé*, *SEÑOR*, etc.; en nuestras publicaciones lo hemos sustituido con la expresión *el Eterno*, por considerar que refleja más claramente el carácter imperecedero e inmutable del “Alto y Sublime, el que habita la eternidad” (Isaías 57:15).

El 16 de marzo de 1985 el periodista Terry Anderson fue secuestrado en las calles de la ciudad de Beirut, Líbano, y estuvo detenido 2454 días como rehén político. Aunque en muchas ocasiones estuvo a punto de no resistir más, el Sr. Anderson demostró gran valor durante toda esta terrible experiencia.

Encañonándolo con sus armas, los raptores lo sacaron de su automóvil y lo llevaron a un edificio de apartamentos a medio construir, donde le vendaron los ojos y lo encadenaron a un catre de fierro.

Durante los primeros 24 días estuvo encadenado y restringido cual animal salvaje y tuvo que luchar con denuedo por conservar su sanidad mental. Dándose cuenta de la necesidad que tenía de recibir valor y fuerza en alguna forma, pidió una Biblia a sus secuestradores.

Al relatar sus experiencias, el Sr. Anderson habló del resultado de su pedido: “Al día siguiente mi carcelero vino y arrojó un bulto pesado sobre la cama. A tientas lo toqué y pude sentir las suaves cubiertas de un libro. El guardia, acercándose a la cabecera, me preguntó: ‘¿Le parece bien?’ ‘Sí, muy bien, gracias’, le respondí.

”Con cuidado tiré un poco de la venda de los ojos, hasta que pude ver el libro . . . una Biblia. La acaricé suavemente . . . Lenta, cuidadosamente, leí la primera página donde aparece el nombre de la editorial.

Luego, el Génesis: ‘En el principio . . .’” (*Den of Lions* [“Guarida de leones”], 1993, pp. 14-15).

¿Cuántas veces hombres y mujeres no han recurrido a la Biblia en momentos de gran dificultad? En tales circunstancias, muchos reconocen lo tremendamente valiosa que es la palabra de Dios.

El libro que más se ha vendido en la historia

Millones de personas piensan que la Santa Biblia es la palabra del único y verdadero Dios. Ciertamente, la Biblia misma lo dice. Muchos otros la tienen en gran estima sólo como una colección de algunos de los escritos más famosos de la literatura universal.

Millones de Biblias, en numerosas traducciones, son vendidas año con año. Este libro ha sido traducido a más de 2000 idiomas y dialectos. Por sí sola, la Sociedad Bíblica Americana (un organismo sin fines de lucro) desde su fundación en 1816 ha distribuido aproximadamente cinco mil millones de ejemplares de la Biblia.

Un diccionario bíblico hace notar lo siguiente: “De todos los libros que la Humanidad ha conocido, ninguno ha ejercido tanta influencia como la Biblia. El primer libro editado en la imprenta fue la Biblia, marcando así el paso a la Era Moderna. Autores famosos han tomado de ella tema para realizar sus creaciones. Obras de teatro, grandes músicos y literatos, programas de cine y televisión tienen por tema la Biblia o en ella encuentran inspiración. Complejos movimientos filosóficos se basan en la Biblia, libro inmortal que ha enjugado las lágrimas del triste e iluminado la risa del alegre. Ella ha dado el material para las grandes catedrales de la Edad Media y ha sido la base de innumerables empresas misioneras [en todo el] mundo” (*Nuevo diccionario bíblico ilustrado*, Editorial CLIE, 1985, p. 115).

Según otro diccionario, “nadie . . . puede ser considerado letrado sin tener un conocimiento básico de la Biblia”. Aun en países donde la religión prevaleciente no es cristiana, para que alguien pueda ser considerado una persona educada es necesario que tenga un conocimiento elemental de la Biblia. Por ejemplo, todas las personas educadas “necesitan entender qué se quiere decir cuando alguien habla de una contienda entre David y Goliat o si una persona que tiene la ‘sabiduría de Salomón’ es una persona sabia o necia . . .” (*The Dictionary of Cultural Literacy* [“Diccionario de alfabetización cultural”], 1988, p. 1).

Hombres de estado, políticos, filósofos, poetas y hasta astronautas en órbita citan las Sagradas Escrituras. Gente de todos los niveles sociales ha encontrado en las páginas de la Biblia las palabras apropiadas para incontables situaciones. Su profundo contenido suele ser la compañía perfecta para momentos de asombro e inspiración, tensión y angustia, confusión y duda.

Falta de apreciación de la Biblia

A pesar de toda la atención que se le da a la Biblia, su verdadero valor e importancia no se aprecian realmente. Cuando examinamos esta situación un poco más detenidamente, vemos que la Biblia es elogiada, incluso reverenciada; pero aun así, pocas veces es leída y menos aún entendida correctamente.

La mayor parte de la humanidad es iletrada bíblicamente. No son pocos los relatos sobre la gran ignorancia que existe acerca de lo que la Biblia dice. Esto quedó patéticamente demostrado cuando en una encuesta los que contestaron suponían que Sodoma y Gomorra eran amantes y que las epístolas eran las esposas de los apóstoles. Es más, mucha gente no puede identificar ni siquiera uno de los cuatro evangelios. Otros no saben que fue Jesucristo quien dijo las palabras que se conocen como las Bienaventuranzas.

Son poquísimos los que toman en serio la Biblia y la aceptan por lo que es: el manual de instrucciones que Dios nos dio para guiarnos en nuestro paso por la vida. Es una fuente de información que debemos consultar en todas las circunstancias por las que atravesamos, ya que nos da pautas sobre cómo proceder en situaciones de triunfo o adversidad, de alegría o dolor, de prosperidad o pobreza, de confianza o duda.

La Biblia misma afirma su autoridad divina como la propia palabra de Dios. Revela el propósito de nuestra existencia: alcanzar el asombroso potencial que nuestro Creador nos ha dado. En todo momento puede proporcionarnos guía, aliento e instrucción.

Pero ¿puede la Biblia resistir un examen minucioso? ¿Es acaso la verdad sólo porque así lo afirma? ¿Podemos confiar en ella? ¿*Debemos* confiar en ella?

En los capítulos siguientes analizaremos la Biblia desde varios puntos de vista para ver si realmente es la palabra de Dios.

La Biblia en el mundo contemporáneo

Si la Biblia es en realidad la palabra de Dios, ¿qué debemos esperar encontrar en ella? ¿Debe darnos todo tipo de información que podemos llegar a necesitar en la vida? ¿Debemos descartar todos los demás libros porque la Biblia es la única fuente confiable de conocimiento en todo asunto?

Así es cómo algunos consideran la Biblia; creen que es la fuente completa de todo conocimiento importante. Sin embargo, la Biblia no dice eso; de hecho, hay miles de temas sobre los que guarda silencio. Una educación completa debe comprender el estudio de muchos temas o materias, como sanidad, literatura, negocios, economía, ciencias e historia, de los cuales no se habla en forma detallada en la Biblia. La palabra de Dios no trata *todos* los aspectos del conocimiento humano. Su propósito es darle al hombre la *orientación espiritual* que no puede obtener de ninguna otra fuente.

Descubrimientos significativos

En todas las épocas ha habido personas capaces y muy inteligentes —tanto creyentes en la Biblia como escépticos— que han adquirido gran conocimiento en muchos campos. Algunos han realizado experimentos científicos; otros han estudiado las lecciones que se pueden aprender de la historia. Por medio de la simple observación muchos han reconocido la existencia de leyes naturales que gobiernan

el universo. Esta investigación nos ha ayudado a entender el mundo en que vivimos. Por ejemplo, algunos investigadores han descubierto la existencia de principios de salud que gobiernan el funcionamiento de nuestro organismo. Estas personas han contribuido grandemente al conocimiento del cuerpo humano y a la longevidad del hombre.

Las obras escritas por los hombres pueden ser de gran beneficio, pero tenemos que reconocer que la Biblia llena un vacío que ningún otro libro puede llenar: revela el propósito por el cual fuimos creados. Aunque muchos otros libros contienen cierto grado de sabiduría, este libro revela, como ningún otro puede hacerlo, la sabiduría y el conocimiento que provienen de *la mente misma de Dios*.

Este libro contiene verdades eternas que *jamás podríamos descubrir por nosotros mismos*. Cuando se entiende el verdadero significado espiritual de la Biblia, todos los demás libros palidecen ante ella. Si la estudiamos y ponemos por obra el conocimiento revelado en sus páginas, podemos obtener innumerables beneficios ahora y para siempre, porque “la devoción a Dios es útil para todo, porque nos trae provecho para esta vida y también para la vida futura” (1 Timoteo 4:8, Versión Popular).

La Biblia es un regalo inapreciable que Dios ha dado a la humanidad; es la norma absoluta según la cual se juzgarán nuestra conducta y nuestra moralidad. Las Escrituras iluminan el camino por el que debiéramos andar (Salmos 119:105), conforme lo enseña el gran ser que nos creó (Génesis 1:26-27).

La Biblia revela el modo de vivir que trae la felicidad y produce todo resultado deseable. El rey David, autor de muchos de los salmos, escribió: “Bienaventurado el varón que no anduvo en consejo de malos . . . sino que en la ley del Eterno está su delicia, y en su ley medita de día y de noche . . . todo lo que hace, prosperará” (Salmos 1:1-3). Aquí David se refiere a la ley de Dios, tal como se revela en la Biblia, como lo que define la forma correcta de vivir.

¿Qué clase de libro es la Biblia?

¿Qué tipo de instrucción necesita la creación humana de Dios? Cuando Dios creó al hombre, lo dotó de gran inteligencia, curiosidad y capacidad para aprender. A cada ser humano le dio una mente que puede adquirir y almacenar conocimiento y pasarlo a las generaciones siguientes. Los seres humanos han utilizado esta inteligencia para

observar, analizar, descubrir y construir; como resultado, se ha producido un tremendo caudal de conocimientos.

Puesto que Dios les dio a los seres humanos una mente con la que podían adquirir mucho conocimiento provechoso, no necesitaba darles

El prejuicio del hombre en contra de lo sobrenatural

Grandes sectores de nuestra sociedad tienen prejuicio contra la Biblia. El historiador inglés Paul Johnson escribió: “Es un hecho sorprendente que, a fines del siglo xx, la gran mayoría de la gente en el mundo aún cree en un dios . . . Pero, además, no se puede negar que el espíritu de Prometeo, el espíritu de los que creen que pueden arreglárselas sin Dios —o que pueden encontrar sustitutos para Dios— también es fuerte hoy en día, quizá más fuerte que nunca antes” (*The Quest for God* [“En busca de Dios”], 1996, p. 18).

Prometeo fue el personaje de la mitología griega que desafió a los dioses robándole el fuego a Zeus o Júpiter, el padre de los dioses, para dárselo a la humanidad. El Sr. Johnson define el “espíritu de Prometeo” como la actitud del hombre o mujer que cree que puede “arreglárselas sin Dios”. Es un espíritu de orgullo, de confianza en la sabiduría e inteligencia humanas, y de resistencia y desafío a las cosas

sobrenaturales, entre ellas las Sagradas Escrituras.

Durante siglos el mundo occidental aceptaba la Biblia como la palabra inspirada de Dios. La reconocía como la base de todo conocimiento, incluso de las ciencias. Sin embargo, los adelantos científicos y la tendencia humanista de la educación han dado origen a muchas dudas acerca de la autoridad religiosa y a un gran escepticismo sobre la Biblia misma.

El historiador James Hitchcock habló de este cambio lento pero masivo: “Desde el inicio de las universidades europeas en el siglo xii, la teología había sido la ‘reina de las ciencias’, y la religión había sido considerada como el centro de la realidad. Ahora [en el siglo xvii], pensadores como Descartes [1596-1650] ‘protegeron’ la religión haciéndola a un lado . . . La religión no fue atacada abiertamente ni, en su mayor parte, fue dudada; simplemente dejó de ser importante . . .

un libro lleno de información que podían aprender por sí mismos. Lo que el hombre necesitaba era un libro que contuviera información que él jamás podría descubrir por sí mismo: el conocimiento que tiene que ser *revelado divinamente*.

“[Pero] si el siglo xvii trató todavía con respeto al cristianismo, el siglo xviii lo atacó de frente. Los filósofos . . . se proclamaron a sí mismos apóstoles de una ‘ilustración’. Este término implica la existencia de una ignorancia previa, en gran parte el resultado del cristianismo, el cual fue equiparado con la superstición y la ignorancia. En el mundo filosófico de su mente no había lugar para el misterio ni para lo sobrenatural . . . No había providencia divina ni milagros; Dios no ‘interfería’ en su creación. Tampoco se revelaba a su pueblo, ni en la Escritura ni por medio de la iglesia” (*What Is Secular Humanism?* [“¿Qué es el humanismo profano?”], 1982, pp. 36-37).

Las palabras de Paul Johnson confirman la generalización de tal punto de vista. Él afirma que esta actitud ha estado “difundiéndose con tremenda rapidez en los últimos 250 años” (Johnson, *ob. cit.*, p. 18).

El escepticismo hacia la Biblia como un libro inspirado por Dios aumentó aún más en el siglo xix, y los críticos en las universidades casi hacían cola para poner la Biblia en tela de juicio y criticarla en

los aspectos filosófico, teológico, histórico y textual.

Esta forma de pensar ha tenido gran influencia en la educación superior —incluso en muchos seminarios— hasta el día de hoy. Estos críticos no sólo dudan de la Biblia, sino que con frecuencia rehúsan escuchar a sus defensores y hasta rechazan de inmediato las claras pruebas científicas que la apoyan. El resultado es que muchos *profesan* creer en Dios pero no lo conocen realmente, y en muchos casos tienen dudas fundamentales acerca de la Biblia. Debido a tales dudas, ya sea que las reconocen o no, muchos en el mundo supuestamente cristiano ignoran gran parte del conocimiento básico de la Biblia.

Consciente o inconscientemente, mucha gente lee la Biblia dudando de su veracidad. Si realmente queremos saber la verdad, entonces debemos hacer a un lado el escepticismo y examinar la Biblia con una mente abierta. Uno se pregunta cuántos que no creen en Dios se mantendrían incrédulos si leyeran y estudiaran las Escrituras y examinaran las pruebas que *apoyan* su exactitud y autenticidad. □

Esta es precisamente la información que Dios nos ha provisto en las Sagradas Escrituras. La Biblia es un libro que contiene la verdad *espiritual*, pero también contiene información acerca del mundo físico porque Dios reveló sus verdades espirituales a hombres y mujeres físicos que vivieron en un mundo físico rodeados de acontecimientos físicos que ahora forman parte de la historia humana.

La Biblia, entonces, es una fuente de gran conocimiento, tanto físico como espiritual. Nos da información acerca de las cosas materiales tales como la creación del mundo. Proporciona información acerca del funcionamiento ordenado de la sociedad. Habla acerca de los principios fundamentales del éxito en la vida. Da pautas para la nutrición y la sanidad.

La Biblia explica muchos tipos de relaciones. Trata principios sobre la sanidad psicológica y mental. Proporciona información básica sobre las ciencias físicas. Pero ninguno de estos asuntos se trata en forma extensa debido a que Dios nos ha dado la capacidad de investigar estos temas por nosotros mismos.

Entre la Biblia y la ciencia existe armonía

La palabra *ciencia* quiere decir “conocimiento”; proviene de la voz latina *scientia*, que a su vez se deriva de *scire*, “saber”.

Es impresionante ver cómo ha aumentado el conocimiento humano; se ha multiplicado en forma exponencial y el ritmo de producción sigue acelerándose. A medida que se obtiene, registra, verifica, analiza y compara la nueva información, el conocimiento previo debe ser reexaminado a la luz de los nuevos descubrimientos. Algunas teorías científicas que anteriormente fueron consideradas como hechos comunes se derrumban ante los nuevos hallazgos.

Sin ser un libro de ciencias, la Biblia contiene cierta información científica. La veracidad de la información incluida en la Biblia puede ser verificada, y una vez que se conocen todos los detalles, concuerda con los hechos científicos. Hablando con el Padre Eterno, Jesús le dijo: “Tu palabra es *verdad*” (Juan 17:17). El apóstol Pablo aseguró que Dios “*no miente*” (Tito 1:2). Con base en estas declaraciones, no debemos esperar otra cosa de las Sagradas Escrituras que exactitud.

A medida que examinamos la exactitud de la Biblia nos daremos cuenta de que cuando las Escrituras hablan, nosotros debemos prestar

atención. Aunque algunos de los escépticos nunca estarán completamente satisfechos, veremos que la Biblia ha demostrado ser exacta y veraz para quienes están dispuestos a examinar objetivamente todos los hechos. La Biblia está en armonía con el conocimiento verdadero. Las aparentes contradicciones en las Escrituras son sencillamente eso: sólo *aparentes*. El hombre no ha descubierto todo el conocimiento científico existente; aún hay mucho por aprender.

En algunos aspectos del análisis científico, las pruebas físicas simplemente no existen ya, o mucho está aún por ser descubierto. Esto es particularmente cierto en la arqueología. Muchos acontecimientos descritos en la Biblia ocurrieron antes de que el hombre inventara un sistema confiable y duradero de conservar la historia en forma escrita, y otros acontecimientos ocurrieron aun antes de que el hombre hubiera sido creado. Las inscripciones y documentos históricos, por sí solos, no pueden confirmar ni negar la exactitud de los relatos bíblicos acerca de acontecimientos prehistóricos. Sin embargo, en esta publicación demostraremos que las pruebas que han sido descubiertas hasta ahora no sólo están en armonía con la Biblia, sino que también confirman explícitamente la veracidad de varios pasajes.

Los científicos, historiadores, arqueólogos y otros investigadores continuarán examinando nuestro mundo físico y los datos científicos. A medida que prosigan estas investigaciones, la armonía entre las Escrituras y la ciencia resultará cada vez más clara.

La Biblia y la astronomía

Por ser la palabra de Dios, es evidente que la Biblia tiene que ser verdad. No obstante, en los últimos siglos algunos eruditos y científicos han hecho descubrimientos que, analizados a la ligera, parecen contradecir a la Biblia. Tales descubrimientos han causado cierto estremecimiento en el mundo cristiano.

Un ejemplo de esto fue el descubrimiento del astrónomo polaco Nicolás Copérnico, quien a principios del siglo XVI llegó a la conclusión de que en el mundo occidental había un concepto equivocado acerca del universo. En la Edad Media se consideraba como artículo de fe que la Tierra era el centro del universo, alrededor de la cual giraban los demás cuerpos celestes. Siglos después, el historiador William Manchester escribió: “[Se creía que] el mundo era un disco estacionario alrededor del cual giraba el Sol, y . . . el resto del cosmos comprendía la gloria, que se encontraba sobre los cielos y en la cual moraban querubines, y el infierno, que ardía en las profundidades del suelo europeo. Todos creían eso; de hecho, lo sabían” (*A World Lit Only by Fire* [“Un mundo alumbrado sólo por fuego”], 1993, p. 89).

Después de años de estar observando los cielos y consultando tablas matemáticas, Copérnico llegó a una conclusión completamente diferente. Descubrió que la Tierra no es un disco alrededor del cual gira el Sol, sino una esfera que viaja alrededor del Sol. Su descubrimiento perturbó y alarmó a muchos dirigentes religiosos.

Para los intelectuales de la Edad Media este concepto fue tan bienvenido como la peste bubónica. Después de que Copérnico presentó la prueba a los dirigentes de la educación y la religión, su recompensa fueron las burlas y el ridículo. La iglesia oficial calificó a Copérnico de apóstata por desafiar la sabiduría general de la época.

¿Cómo se inició este conflicto? La iglesia había adoptado las ideas de Tolomeo, astrónomo griego del segundo siglo que vivió en Egipto. Tolomeo había declarado que nuestro planeta era el centro del universo (*ibídem*, p. 116).

Tolomeo estaba en lo correcto en un punto importante. Al parecer, él “sabía que la Tierra era una esfera . . .” (Carl Sagan, *Pale Blue Dot* [“Punto azul pálido”], 1994, p. 17). Otros ya habían deducido esto antes. “Más de 300 años antes del nacimiento de Cristo, Aristóteles había determinado que el planeta debía ser una esfera; después de un eclipse él había explicado que sólo un orbe podía proyectar una sombra circular sobre la Luna” (Manchester, *ob. cit.*, p. 230).

La religión organizada del segundo siglo aceptó el concepto geocéntrico de Tolomeo, pero finalmente rechazó su creencia de que la Tierra era esférica. En lugar de eso, los teólogos escogieron “apoyar las absurdas afirmaciones geográficas de *Topographia Christiana*, un tratado de Cosmas, monje del siglo sexto . . . quien . . . sostenía que el mundo era un plano rectangular . . .” (*ibídem*).

Más adelante, otros se unieron a la “herejía” de Copérnico. Galileo, físico, matemático y astrónomo italiano, confirmó los descubrimientos de Copérnico, pero se retractó so pena de tortura. Sin embargo, los descubrimientos de estos dos pioneros de la investigación científica no podían ser suprimidos para siempre. El resultado fue que la iglesia empezó a perder la gran influencia que ejercía sobre la gente. El descubrimiento de Copérnico desencadenó la crisis más grande que las autoridades religiosas de la Edad Media tuvieron que enfrentar acerca de su propia credibilidad. En defensa de su posición, presentaron opiniones humanas, las cuales podían ser desmentidas —y de hecho lo fueron— por la observación y los experimentos científicos.

La creencia en la Biblia y en la autoridad eclesiástica nunca más sería la misma. Ahora había empezado un movimiento que, según el parecer de muchos, terminaría desacreditando las Escrituras como una fuente legítima de autoridad.

Interpretaciones erróneas

En realidad, la Biblia no podía ser refutada. Lo que sufrió descrédito fueron las *interpretaciones erróneas* que el hombre había agregado a ciertos pasajes. No fue la Biblia la que sufrió la corrección, sino lo que los hombres *suponían* acerca de lo que dice la Biblia.

El concepto erróneo de Tolomeo había sido introducido en la teología durante el segundo siglo. No existe prueba de que Jesús o los apóstoles creían en este concepto del universo. A partir del segundo siglo, y debido a una interpretación errónea de varios pasajes bíblicos,

La edad de la Tierra: ¿Hubo un intervalo entre los dos primeros versículos del Génesis?

"En el principio creó Dios los cielos y la tierra. Y la tierra estaba desordenada y vacía, y las tinieblas estaban sobre la faz del abismo, y el Espíritu de Dios se movía sobre la faz de las aguas" (Génesis 1:1-2).

Este texto en el hebreo original, combinado con una comparación de otros pasajes de la Biblia, ha llevado a algunos a pensar que entre estos dos versículos pudo haber un intervalo considerable. Si esto es una realidad, entonces no hay discrepancia entre el relato bíblico y los descubrimientos científicos que indican que nuestro planeta tiene miles de millones de años. Por otro lado, si no hubo tal inter-

valo, entonces la Tierra sólo tendrá unos 6000 años, lo cual los científicos no creen posible.

¿Hay algunos otros pasajes que, al igual que la historia, arrojen luz sobre este asunto?

Algunos eruditos proponen que Génesis 1:2 debería ser traducido de esta manera: "Y la tierra se *volvió* desordenada y vacía . . .", que es diferente de lo que dice la traducción más conocida: "Y la tierra *estaba* desordenada y vacía . . .". Otros rechazan esta idea completamente; creyendo que el vocablo hebreo *hayah* debe traducirse como "estaba", piensan que la Tierra fue creada originalmente en ese estado caótico.

las autoridades religiosas estuvieron equivocadas acerca del lugar que ocupaba nuestro planeta en el universo. No entendieron correctamente Salmos 93:1, en el cual se dice que Dios "afirmó también el mundo, y no se moverá". Este versículo no se contrapone al hecho de que Dios puso a la Tierra en una órbita solar.

Podríamos decir que este versículo comprueba lo que el hombre ha aprendido de su estudio de la astronomía: que el movimiento de la Tierra es fijo y previsible. Dios puso a la Tierra en su órbita alrededor del Sol y ella no se extraviará en los cielos porque Dios determinó su órbita y él controla las fuerzas que la mantienen en su lugar.

No obstante, según muchos libros de consulta, ambas traducciones de esta palabra son posibles; sólo el contexto del capítulo o libro puede determinar cuál es la correcta. Gleason Archer, profesor de idiomas bíblicos, dice: "Debe notarse que el verbo *estaba* en Génesis 1:2 bien puede ser traducido como 'se volvió' de manera que diga: 'Y la tierra se volvió desordenada y vacía'. Sólo una catástrofe cósmica podría explicar la introducción del caos y confusión en la perfección de la creación original de Dios. Esta ciertamente parece ser una interpretación razonable . . ." (*A Survey of Old Testament Introduction* ["Introducción general al Antiguo Testamento"], 1974, p. 184).

En una nota al margen, el Dr. Archer agrega: "Hablando propiamente, el verbo *hayah* nunca tiene el significado estático que tienen los verbos copulativos 'ser' y 'estar'. Su significado básico es

el de volverse o surgir como esto o aquello, o el de venir a ser . . . Algunas veces se pretende establecer una distinción de la siguiente manera: *hayah* significa 'venir a ser' sólo cuando es seguido de la preposición *le*; de otra manera no existe el concepto explícito de venir a ser. Pero esta distinción no resiste un examen cuidadoso. En Génesis 3:20 la traducción correcta es: 'Y llamó Adán el nombre de su mujer, Eva, por cuanto ella *vino a ser* madre de todos los vivientes'. En este caso el verbo no es seguido de *le*. Así también en Génesis 4:20: 'Jabal, el cual *vino a ser* padre de los que habitan en tiendas'. Por tanto, no puede haber objeción gramatical en contra de la traducción: 'Y la tierra se *volvió* desordenada y vacía' en Génesis 1:2" (*ibidem*).

Algunos eruditos están en contra de que en Génesis 1:2 el vocablo *hayah* sea traducido "volverse" (*Continúa a la vuelta*)

Un libro adelantado a su tiempo

Los eruditos que al principio del Renacimiento (en el siglo xv) finalmente lograron entender la estructura del sistema solar, se encontraban muy atrasados en el conocimiento básico del universo que contenía la Biblia. Uno podría preguntarse cómo fue posible que la gente permaneciera en esa ignorancia por tanto tiempo. Tenemos que darnos cuenta de que en los primeros siglos de la Edad Media —conocidos también como la Edad del Oscurantismo— el hombre se hundió en un marisma intelectual y moral que se prolongó del año 400 al 1000.

(Viene de la página anterior)

en lugar de “estaba”, porque suponen que esta interpretación es algo que se inventó después de que la geología descubrió que la Tierra es muy vieja. Así, ellos consideran esta explicación como un intento desesperado para reconciliar el relato bíblico con la geología moderna. La explicación de que hubo una diferencia de tiempo entre la hermosa creación original de Génesis 1:1 y el caos y desorden del versículo 2, en ocasiones ha sido llamada en forma despectiva “la teoría de la brecha”. Esta idea se les atribuyó a Thomas Chalmers en el siglo xix y a Ciro Scofield en el siglo xx.

Sin embargo, la interpretación de que la Tierra “se volvió” desordenada y vacía ha sido debatida por casi 2000 años. El relato más antiguo que se conoce de esta controversia se puede atribuir a ciertos sabios judíos de principios del segundo siglo. Los eruditos

hebreos que escribieron el tárgum de Onquelos, la primera de las versiones del Antiguo Testamento en arameo, tradujeron Génesis 1:2 como “y la tierra fue devastada”. El idioma original les hizo entender que algo había ocurrido que la dejó “devastada”, e interpretaron esto como una destrucción.

El teólogo y exégeta Orígenes (186-254), en su comentario *De Principiis*, con relación a Génesis 1:2 explica que la Tierra original había sido “derribada” (*Ante-Nicene Fathers* [“Los padres prenicenos”], 1917, p. 342).

En la Edad Media el erudito flamenco Hugo San Víctor (1097-1141) escribió lo siguiente acerca de Génesis 1:2: “Quizá ya se ha discutido bastante acerca de estos asuntos, si sólo agregamos esto: ‘¿Cuánto tiempo permaneció el mundo en este desorden antes de que se empezara a ponerlo nuevamente en orden?’” (*De Sacramen-*

Durante ese período “la vida intelectual . . . desapareció de Europa. Aun Carlomagno, el . . . más grande de todos los reyes medievales, no sabía escribir”. Fue un período de “ignorancia casi impenetrable” (Manchester, *ob. cit.*, p. 3).

El conocimiento de que la Tierra no es el centro del universo tardó en ser aceptado. En algunos lugares los dirigentes religiosos se negaron a admitir la nueva verdad por más de 300 años después de los descubrimientos de Copérnico. En toda la cristiandad se tuvieron temores porque muchos creían que la realidad astronómica ponía en duda la veracidad de la Biblia. Sin embargo, la realidad era que la Biblia estaba

tis Christianæ Fidei, 1:l:VI). Otros eruditos de ese tiempo también opinaban que había un espacio de tiempo entre los dos primeros versículos del Génesis.

El erudito holandés Simón Episcopio (1583-1643) enseñó que la Tierra originalmente había sido creada antes de los seis días de la creación descrita en el Génesis (*The New Schaff-Herzog Encyclopedia of Religious Knowledge* [“Nueva enciclopedia Schaff-Herzog del conocimiento religioso”], 1952, 3:302). Esto fue más o menos 200 años antes de que la geología descubriera las pruebas de la antigüedad de nuestro planeta.

Todos estos ejemplos nos muestran que el concepto de un espacio de tiempo entre los versículos 1 y 2 de Génesis 1 tiene una larga historia. Las afirmaciones de que sólo es de origen reciente (que fue inventado para conciliar el relato del Génesis con

los descubrimientos de la geología) carecen de fundamento.

Quizá la mejor exposición de los diferentes puntos de vista sobre este tema fue dada por Arthur Custance: “Para mí, este asunto es importante, y después de estudiar el problema por unos 30 años y después de leer todo lo que pude encontrar sobre los pros y los contras, y después de acumular en mi propia biblioteca unos 300 comentarios sobre el Génesis (el más antiguo data de 1670), estoy persuadido, con base en las pruebas, de que hay mucha más razón para traducir Génesis 1:2 como ‘Pero la tierra se había vuelto una ruina y una desolación, etc.’ que la hay para cualquiera de las traducciones típicas de nuestras versiones modernas” (*Without Form and Void: A Study of the Meaning of Genesis 1:2* [“Vacía y sin forma: Estudio del significado de Génesis 1:2”], 1970, p. 7). □

en lo correcto y lo que andaba mal era la *interpretación* que esos dirigentes religiosos le habían dado. Los hechos comprobados de la ciencia no chocaban con lo que decía la Biblia.

La edad del universo

El concepto equivocado que el hombre tenía acerca de la configuración del universo fue la primera disputa gigantesca que puso a los científicos en contra de la religión. Después surgieron otras controversias; una de las que causó discusiones muy acaloradas tuvo que ver con la edad del universo.

Los astrónomos ven pruebas de que el universo tiene miles de millones de años y por lo general creen que vino a la existencia hace unos 10 ó 20 mil millones de años a raíz de una gran explosión. Por otra parte, algunos que interpretan la Biblia en forma literal afirman dogmáticamente que el universo tiene solamente 6000 años. Llegan a esta conclusión al basar sus cálculos en las referencias cronológicas que se encuentran en el Génesis y en otros libros de la Biblia.

Los astrónomos están en lo correcto al responder que tal afirmación carece de pruebas. Ellos presentan datos obtenidos de la observación del universo a través de potentes telescopios, y tales datos apoyan su punto de vista. Uno de ellos pregunta: “¿Cómo es que existen cuerpos astronómicos que se encuentran a más de 6000 años luz de distancia?” (Sagan, *ob. cit.*, p. 28). Un año luz es la distancia que recorre la luz en un año, a una velocidad de aproximadamente 300 000 kilómetros por segundo.

Es obvio que en este asunto hay varios “años luz” que separan a algunos religiosos de los científicos. Tales religiosos niegan la validez de estos argumentos diciendo que la aparente edad del universo (y de los fósiles y las pruebas geológicas de la tierra misma) es sencillamente parte de una “apariencia de antigüedad” que Dios le dio al universo al momento de crearlo. Mucha gente, incluso algunos teólogos, responden que esto plantea el problema de un Dios que participa en el engaño.

Pero las discusiones salen sobrando. La verdad es que la Biblia *no contradice las pruebas científicas* y la ciencia no refuta el relato bíblico. Lo que muchos de los que debaten este tema no tienen en cuenta es que la Biblia simplemente *no dice* cuándo fue creado el universo.

Según la Biblia, Adán fue el primer hombre (1 Corintios 15:45; 1 Crónicas 1:1), y al sumar las edades que se dan en las genealogías

bíblicas se obtiene un resultado de cerca de 6000 años desde la creación de Adán. No obstante, la Biblia en ninguna parte dice que el hombre y el universo fueron creados al mismo tiempo. La Biblia sencillamente no habla de la edad del universo; bien pudo haber sido creado hace 10 ó 20 mil millones de años. El concepto de una gran explosión no es más que una teoría popular que se ha formulado para explicar la creación de tan vasto y magnificente universo sin reconocer que, como lo asegura la Biblia, fue Dios quien lo creó de la nada. Quienes defienden esta teoría aceptan que el universo vino a existir en un momento determinado, pero no pueden explicar de dónde provino la materia que supuestamente estalló cuando se produjo esa gran explosión.

Por otra parte, y muy probablemente sin darse cuenta, en cierto aspecto corroboran lo que la Biblia claramente dice: que la creación se llevó a cabo en un momento específico.

En el principio

Abramos la Biblia en el primer capítulo del Génesis y veamos qué es lo que realmente dice acerca de la creación: “En el principio creó Dios los cielos y la tierra. Y la tierra estaba desordenada y vacía, y las tinieblas estaban sobre la faz del abismo, y el Espíritu de Dios se movía sobre la faz de las aguas” (Génesis 1:1-2).

Lo primero que se menciona aquí es el acto inicial de la creación de Dios, pero no se especifica el momento exacto en que se llevó a cabo. Lo que sí se puede comprobar, al estudiar otros pasajes, es que entre los versículos 1 y 2 algo sucedió que causó que la Tierra estuviera “desordenada y vacía”. Refiriéndose a la Tierra, en Isaías 45:18 leemos que Dios “no la creó caótica, sino que para ser habitada la plasmó” (Biblia de Jerusalén). Esto nos indica una diferencia de tiempo entre la creación inicial descrita en Génesis 1:1 y los sucesos que llevaron a la creación del hombre (a partir del versículo 2). Tal parece que en ese intervalo algo sucedió que la dejó en un estado de destrucción y caos.

No se nos dice cuándo se efectuó la creación inicial, pero la Biblia nos da indicios de que después de la creación original hubo una destrucción general causada por la rebelión de Lucero, quien vino a ser Satanás (Isaías 14:12-15). Así, Génesis 1:3-25 parece ser más bien la descripción de una *renovación* de la Tierra poco antes de la creación del hombre (Salmos 104:30). Las genealogías bíblicas nos señalan que

esto sucedió hace aproximadamente 6000 años, pero la Biblia en ninguna parte menciona la fecha en que Dios creó a Adán y a Eva.

Las Escrituras nos revelan que antes de todo esto no existía la creación física: ni Tierra, ni sistema solar, ni galaxias. El apóstol Pablo se refiere a ese tiempo como “antes del principio de los siglos” (Tito 1:2). Luego, por medio de un mandato divino, Dios creó el universo.

La ciencia nos dice algo parecido: “En estos días la mayoría de los cosmólogos y astrónomos respaldan la teoría de que en realidad hubo una creación . . . cuando el universo físico vino a existir en una tremenda explosión . . . El universo no siempre existió” (Paul Davies, *God and the New Physics* [“Dios y la nueva física”], 1983, pp. 10-11).

¿Por qué fue creado el universo?

La ciencia por sí sola no puede decirnos por qué existen la Tierra y toda la creación física. Carl Sagan escribió: “Por qué ocurrió es el misterio más grande que conocemos” (*Cosmos*, 1980, p. 246). ¡Pero la Biblia sí nos dice por qué! “Señor, digno eres de recibir la gloria y la honra y el poder; porque tú creaste todas las cosas, y por tu voluntad existen y fueron creadas” (Apocalipsis 4:11). Salmos 115:16 agrega: “Los cielos son los cielos del Eterno; y ha dado la tierra a los hijos de los hombres”.

Dios creó todas las cosas y apartó la Tierra para morada del hombre; es aquí donde está llevando a cabo su propósito divino. Su maravilloso plan es finalmente “llevar muchos hijos a la gloria” (Hebreos 2:10), es decir, ofrecerles a todos los seres humanos la oportunidad de ser hijos de Dios por medio de Jesucristo. Esta es la maravillosa razón por la que Dios creó el universo con su palabra (Salmos 33:9). La Biblia explica el plan divino con muchos detalles, así como lo que el plan representa para nosotros. (Si desea una explicación más amplia de este plan, le recomendamos el folleto gratuito *Nuestro asombroso potencial humano*.)

La descripción bíblica del origen de todas las cosas es verdad. En respuesta a la declaración de que Dios en el principio había creado los cielos y la Tierra, un científico escéptico dijo: “Pero nadie estaba allí para verlo” (Davies, *ob. cit.*, p. 9). Esto no es verdad: *Dios estaba allí*. Desde luego no estaba presente ningún ser humano para refutarlo, y no hay nadie que pueda refutarlo hoy día. Ningún hombre o mujer ha refutado la Biblia; en cambio, existen innumerables pruebas de su veracidad.

La Biblia y la arqueología

La arqueología es la ciencia que estudia los restos físicos de la vida y las actividades de la gente que vivió en el pasado. Tiene que ver con la excavación y estudio sistemáticos de sus armas, herramientas, utensilios de cocina, inscripciones y otros vestigios. La arqueología bíblica, una rama del amplio campo de esta ciencia, se limita al estudio de las civilizaciones antiguas del Cercano Oriente, teatro de la historia narrada en las páginas de la Biblia.

La arqueología bíblica es algo que puede resultar tanto fascinante como polémico. En general, su propósito es comparar los hallazgos de las excavaciones con los escritos de la Biblia con el fin de determinar la historicidad, o la falta de ella, de los pueblos, lugares y sucesos que se mencionan en las Escrituras.

Por muchos siglos los relatos de la Biblia fueron considerados como historia verídica. Las grandes epopeyas bíblicas eran reconocidas como fehacientes y exactas, incluso en los detalles más pequeños. Sin embargo, con la llegada del “Siglo de las Luces”, de los siglos XVII y XVIII, este concepto empezó a cambiar. Los eruditos empezaron a elevar el razonamiento humano y las investigaciones científicas por encima de la Biblia, y el resultado fue una confrontación directa con las Escrituras.

Para muchos eruditos, los héroes y personajes bíblicos, así como lo que experimentaron o hicieron, se redujeron a simple mitología o folclor. Se negó la existencia de algunos poderosos imperios que, según

la Biblia, reinaron por siglos. Era de buena pose intelectual mostrar escepticismo ante los relatos bíblicos.

Las generaciones anteriores habían aceptado la Biblia por lo que es, pero ahora una generación supuestamente iluminada dudaba de ella. El resultado fue un tremendo golpe para la credibilidad de las Escrituras a los ojos de mucha gente.

Anteriormente, cuando después de la Edad Media la Biblia fue traducida a varios idiomas, había venido a ser para mucha gente su único libro de texto sobre historia antigua. La mayoría la consideraba como la infalible palabra de Dios. Pero debido a la influencia de los eruditos escépticos, muchos historiadores empezaron a sospechar de la Biblia. Arnold Toynbee, un historiador inglés, resumió la actitud de ellos cuando se refirió al Antiguo Testamento como simples “escritos humanos de diferentes grados de mérito religioso e histórico”. Declaró además que quienes lo aceptaban como verídico estaban “atribuyéndole un gran valor religioso a una estupidez obstinada” (*A Study of History* [“Estudio de la historia”], 1957, 10:260).

A consecuencia de esta actitud, los arqueólogos que hacían excavaciones tratando de examinar las ruinas de épocas pasadas y así poder informar de una manera honrada sobre la credibilidad de la Biblia se enfrentaron a una oposición obstinada. La ciencia en general había intensificado su prejuicio contra la Biblia, y algunos de los mismos arqueólogos aunaron sus voces al coro de escepticismo.

El testimonio histórico

Sir William Ramsay, historiador y prolífico escritor inglés quien recibió su formación bajo la filosofía educativa del siglo XIX, fue un exponente de este profundo prejuicio en contra de la Biblia. Creía que los relatos históricos del libro de los Hechos habían sido escritos a mediados del segundo siglo, no en el tiempo de los apóstoles. Si él estaba en lo correcto, el libro de los Hechos no podía haber sido escrito por Lucas, el compañero de viajes del apóstol Pablo.

Lucas afirmaba haber estado con Pablo cuando éste recorría los empedrados caminos del Imperio Romano. Por ejemplo, escribió como alguien que había visto personalmente cómo Dios obró por medio de Pablo para volver a la vida a un joven que había sufrido una caída fatal (Hechos 20:8-12).

Ramsay no creía en la historicidad de Lucas ni de los relatos del libro de los Hechos, y se propuso refutarlos. Pero después de muchos años de minucioso estudio, llegó a una conclusión desconcertante: Las pruebas arqueológicas e históricas demostraron que Lucas había escrito el libro de los Hechos en el primer siglo, en el tiempo de los apóstoles. En lugar de demostrar que Lucas era un fraude histórico, Ramsay llegó a la conclusión de que había “razones para colocar al autor de los Hechos de los Apóstoles entre los historiadores de primera categoría” (*St. Paul the Traveller and the Roman Citizen* [“San Pablo el viajero y ciudadano romano”], 1925, p. 4).

Ramsay se convenció de la veracidad de los escritos de Lucas porque éste escribió la historia de la iglesia primitiva entrelazándola con sucesos y personajes de aquella época. En el Evangelio de Lucas se habla de Poncio Pilato, Herodes el Grande, Augusto y otros dirigentes políticos; y en los Hechos de los Apóstoles llegamos a saber también de Sergio Paulo, Galio, Félix, Festo y Herodes Agripa I y II.

Lucas no solamente mencionó a estas personas, sino que también incluyó en sus descripciones algunos pormenores notables acerca de ellas. “Uno de los aspectos más sobresalientes de la exactitud [de Lucas] es lo familiarizado que estaba con los títulos correctos de todas las

Ciro de Persia: Las palabras de un profeta se cumplen

En el famoso cilindro de Ciro (538 a.C.), rey de Persia, se encuentran grabadas la historia de su conquista de Babilonia y su política de tolerancia religiosa. Él fue quien decretó que los judíos, que habían sido llevados en cautiverio por los babilonios en el año 587 a.C., podían regresar a su tierra y reconstruir Jerusalén y el templo de Dios.

Esto cumplió en forma muy notable lo que Isaías había profetizado un siglo y medio antes acerca de cómo Dios obraría por medio de Ciro: “Es mi pastor, y cumplirá todo lo que yo quiero, al decir a Jerusalén: Serás edificada; y al templo: Serás fundado”. Dios también predijo de Ciro: “Él edificará mi ciudad, y soltará mis cautivos” (Isaías 44:28; 45:13). □

personas importantes que mencionó . . . Chipre, por ejemplo, la cual fue una provincia imperial hasta el año 22 a.C., vino a ser provincia senatorial ese año, y por tanto ya no fue gobernada por un legado imperial sino por un procónsul. Así, cuando Pablo y Bernabé llegaron a Chipre cerca del año 47 d.C., a quien conocieron fue al *procónsul* Sergio Paulo . . .” (F.F. Bruce, *The New Testament Documents: Are They Reliable?* [“¿Son confiables los documentos del Nuevo Testamento?”], 1973, p. 82).

Lucas hizo mención de otros detalles acerca de cargos y títulos de dirigentes del Imperio Romano. En todos los casos estaba en lo correcto, como lo comprobaron los descubrimientos arqueológicos, pero no hasta *muchos siglos después*. Tal como lo descubrió Ramsay, mostrar esa exactitud requirió que el autor estuviera bien informado de la complejidad política de ese tiempo. Si a nosotros nos preguntaran, muy pocos podríamos nombrar con precisión los títulos oficiales de los dirigentes actuales en el ámbito nacional o internacional.

La exactitud es una prueba de la credibilidad

Tales pormenores del marco histórico no sólo son interesantes, sino que también exponen al autor —y a la Biblia entera— al análisis crítico. Si comete errores en su relato, entonces su trabajo pierde credibilidad. ¿Qué diremos, pues, de los escritos de Lucas?

F.F. Bruce, profesor de estudios bíblicos, refiriéndose al trabajo de Lucas dice: “Un escritor que coloca en esa forma su relato dentro del marco más amplio de la historia mundial está buscándose problemas si no es cuidadoso; proporciona a sus críticos muchas oportunidades para que pongan a prueba su exactitud. Lucas corre este riesgo, y resiste la prueba admirablemente” (*ibidem*).

Algunos eruditos sostenían que Lucas estaba equivocado al decir que el censo romano había sido en la época en que nació Jesucristo (Lucas 2:1-3). Argumentaban que Cirenio no era gobernador en ese tiempo porque no fue nombrado a este puesto hasta varios años más tarde. Algunos críticos también decían que no se había efectuado ningún censo entonces y que José y María no tenían que regresar a su nativa Belén. Pero pruebas arqueológicas posteriores demostraron claramente que los sucesos que Lucas describió fueron posibles (*ibidem*, p. 86). Resultó que los que habían desafiado el relato bíblico lo hicieron sin conocer todos los hechos.

El profesor Bruce afirma, además, que cuando vemos la acostumbrada exactitud de Lucas demostrada en detalles que han sido verificados históricamente, tenemos una base firme para aceptar su credibilidad en general.

Aún queda mucho por descubrir

Sólo una pequeñísima parte de los restos del mundo bíblico ha sido excavada. De los 5000 sitios conocidos en Palestina que tienen importancia arqueológica, sólo 350 han sido excavados, y de éstos apenas un 2 por ciento han sido excavados en forma extensa. Es un hecho que toda la Biblia mantiene un grado sobresaliente de exactitud cuando la comparamos con los hallazgos arqueológicos de todas estas excavaciones.

Cuando los vientos de la duda soplaron durante el siglo XIX, mucho del Antiguo Testamento recibió grandes ataques por parte de los eruditos que no creían que era inspirado. Hablando de ese tiempo y sus efectos, el arqueólogo Kenneth Kitchen escribió: “En los estudios del Antiguo Testamento, vez tras vez se nos ha dicho que ‘la historia no conoce a tal persona’ como, digamos, Abraham o Moisés, o . . . las batallas de Génesis 14, por ejemplo. No obstante, tales frases son totalmente engañosas; simplemente ocultan la ignorancia no de la ‘historia’ personificada sino de la persona que hace esta declaración” (*The Bible in Its World* [“La Biblia en su mundo”], 1978, p. 48).

La declaración del Dr. Kitchen muestra que la historicidad de los personajes del Antiguo Testamento y de los medios en que vivieron no puede permanecer enterrada. Es importante tener en cuenta que en un tiempo algunos eruditos dudaron de la existencia de imperios, de pueblos enteros y de muchos de los principales personajes de la Biblia. Al tener que enfrentarse a pruebas cada vez más numerosas, los escépticos se han visto obligados muchas veces a retractarse de sus afirmaciones anteriores.

Acontecimientos corroborados por la arqueología

Algunos eruditos adoptaron un concepto completamente negativo de otros acontecimientos descritos en la Biblia. Entre los ejemplos de esto se pueden mencionar la existencia de los patriarcas (Abraham, Isaac, Jacob), la salida de Israel del cautiverio en Egipto y la conquista

de Canaán bajo Josué. Debido a que no se conocía ninguna confirmación arqueológica clara, ellos rechazaban la veracidad de la Biblia.

Debido a la escasez de pruebas (sólo se contaba con el relato bíblico), muchos arqueólogos estuvieron de acuerdo con esta actitud; dudaron incluso de que los israelitas hubieran estado alguna vez en Egipto. Uno de estos eruditos aseguró: “Aún no se ha encontrado allí ni una sola mención histórica de la presencia de los israelitas” (Magnus Magnusson, *Archaeology of the Bible* [“La arqueología de la Biblia”], 1977, p. 43).

Algunos hasta decían que Israel no había sido un pueblo notable en el tiempo de las dinastías egipcias. Creían que Israel no había sido más que una mezcla de tribus sin fuerza ni importancia.

El poderoso Imperio Asirio surge del polvo

Entre los tesoros de la antigüedad que la arqueología ha descubierto, quizá el más espectacular ha sido el hallazgo de las ruinas del antiguo Imperio Asirio.

Asiria apareció como imperio a principios del segundo milenio a.C. Las ruinas de un zigurat (torre escalonada con terraza) de esa época aún están en pie cerca del lugar donde se encontraba su antigua capital.

En el siglo noveno a.C. Asiria se convirtió en un imperio poderoso y agresivo. Para ese entonces, unos 40 años después del reinado de Salomón, Israel se había dividido en dos reinos distintos: Israel y Judá (1 Reyes 12:16-24). Los asirios, gobernados por

monarcas hábiles y despiadados, vinieron a ser una amenaza para sus vecinos; de hecho, terminaron sojuzgando a toda la media luna fértil desde la Mesopotamia hasta Egipto. Hacia fines del siglo VIII aplastaron el reino de Israel.

Alrededor de ese tiempo también invadieron el reino de Judá, conquistaron sus principales ciudades y sitiaron la capital Jerusalén (Isaías 36:1-2). Podemos leer las palabras jactanciosas del rey asirio Senaquerib, con las que trató de intimidar y humillar a Ezequías rey de Judá (vv. 4-10).

¿Realmente sucedió esto, o es sólo una leyenda? Recordemos que en un tiempo muchos se burlaban dudando que el Imperio Asirio hu-

Sin embargo, un análisis imparcial de los hechos muestra lo contrario. Pruebas de la existencia de Israel como nación y de su lucha contra Egipto existen en la pared de un templo en Karnak, donde se encontraba la antigua ciudad egipcia de Tebas. Allí se describe al faraón Merneptah haciéndole guerra a Israel. Esta es “la representación visual más antigua que se conoce de los israelitas” (Frank Yurko, “3,200-Year-Old Picture of Israelites Found in Egypt” [“Se ha descubierto en Egipto un grabado de los israelitas de hace 3200 años”], *Biblical Archaeology Review* [“Revista de arqueología bíblica”], septiembre-octubre de 1990, p. 22).

Otro objeto que entrelaza el relato bíblico con la historia de Egipto fue descubierto por el arqueólogo inglés Sir Flinders Petrie en 1896.

biera existido. Pero eso no fue un mito. A medida que se removían los escombros acumulados a lo largo de los siglos, bajo los cuales se encontraba sepultada la capital Nínive, aparecieron pruebas tangibles de la invasión asiria.

En los escritos asirios acerca de estos acontecimientos se citan las palabras de Senaquerib, quien se jactaba de su devastadora invasión de Judá: “Cuarenta y seis de las ciudades [de Ezequías], fuertemente amuralladas, e incontables pueblos más pequeños . . . sitiados y conquistados . . . Con respecto a Ezequías, el impresionante esplendor de mi señorío lo abrumó” (Erika Bleibtreu, “Grisly Assyrian Record of Torture and Death” [“Horrorosa inscripción asiria de tortura y muerte”], *Biblical Archaeology Review* [“Revista de arqueología bíblica”], enero-febrero de 1991, p. 60). Se-

naquerib dijo que a Ezequías rey de Judá lo había hecho “un prisionero en Jerusalén, su residencia real, como a un pájaro en una jaula” (Magnus Magnusson, *Archaeology of the Bible* [“La arqueología de la Biblia”], 1977, p. 186).

El relato bíblico coincide con la narración de Senaquerib sobre la invasión asiria y hace notar la desesperación del reino de Judá durante el sitio de Jerusalén, su último baluarte. No obstante, la Biblia habla de algunas cosas de las cuales no se hace mención en los escritos asirios. Ante la inminente destrucción de Jerusalén, el pueblo judío, con el rey Ezequías a la cabeza, oró fervientemente a Dios (Isaías 37:15-20) y fue librado milagrosamente del poderoso ejército asirio.

Senaquerib, el rey guerrero, se había jactado de la humillación que
(Continúa a la vuelta)

Se conoce como la estela de Merneptah, o la estela de Israel, porque “contiene la primera referencia conocida a Israel . . .” (*ibídem*, p. 26). La estela es una columna de granito negro que contiene una narración en la cual el faraón Merneptah hace alarde de sus victorias militares, incluso algunas contra Israel. La estela data del año 1207 a.C. (*ibídem*, p. 27).

La Biblia también narra la historia del viaje de Israel de Egipto a Canaán y da los nombres de los principales lugares por los que pasaron los israelitas. En Números 33 aparece una lista detallada de esas jornadas. Debido a que aún no se habían encontrado ruinas arqueológicas correspondientes a tal época, algunos detractores de la Biblia habían puesto en duda este relato histórico negando que tales sitios hubieran existido ya en ese tiempo.

(Viene de la página anterior)

había infligido a Ezequías, atrapándolo en Jerusalén mientras sitiaba la ciudad con miras a destruirla. Aunque Senaquerib anotó cuidadosamente las ciudades que había conquistado y destruido, llama la atención que no mencionó Jerusalén. Los asirios, al igual que otros grandes imperios de ese tiempo, no dejaron registros de sus derrotas militares. Mientras esperaban para tomar Jerusalén les aconteció algo desastroso:

“Aconteció que aquella misma noche salió el ángel del Eterno, y mató en el campamento de los asirios a ciento ochenta y cinco mil; y cuando se levantaron por la mañana, he aquí que todo era cuerpos de muertos. Entonces Senaquerib rey de Asiria se fue, y volvió a Nínive, donde se quedó” (2 Reyes 19:35-36).

Más tarde, Senaquerib mismo murió ignominiosamente a manos de dos de sus hijos: “Y aconteció que mientras él adoraba en el templo de Nisroc su dios, Adramelec y Sarezzer sus hijos lo hirieron a espada . . .” (v. 37).

Esarhadón, otro hijo de Senaquerib, reinó en su lugar, pero el Imperio Asirio pronto empezó a declinar. Asiria había sido un instrumento para castigar a Israel por sus repugnantes pecados (Isaías 10:5-6), pero luego los asirios también fueron castigados por sus propios pecados (v. 12). En el año 612 a.C. Nínive, la capital del imperio, cayó en manos de los babilonios. Así, unos 50 años después de su apogeo, este insaciable imperio se derrumbó y desapareció casi por completo de la historia.

Para el tiempo de Jesucristo y los apóstoles, no existía prueba visible

Uno de estos lugares es el poblado de Dibón-gad (Números 33:45). En este lugar no se han encontrado ruinas arqueológicas anteriores al siglo IX a.C. ¿Quiere decir esto que no había allí una ciudad cuando los israelitas pasaron por esa región?

Recientemente, algunos eruditos han tenido que retractarse de su afirmación de que Dibón aún no existía cuando los israelitas salieron de Egipto, porque varios archivos egipcios comprueban la existencia de la ciudad en ese tiempo. En algunas listas de los antiguos caminos egipcios se menciona a Dibón como una escala en una de las rutas que atravesaban esa zona. El hecho es que Dibón sí existió en ese tiempo; es más, fue lo suficientemente importante como para atraer la atención de Ramesés II, quien en esa época “saqueó la ciudad durante una

de Nínive. El escritor griego Luciano de Samosata (120-180 d.C.) lamentó: “Nínive ha muerto. No hay huellas de ella. Nadie puede decir dónde existió” (Magnusson, *ob. cit.*, p. 175). Esta ausencia de restos físicos llevó a algunos eruditos del siglo XIX a manifestar escepticismo acerca de que alguna vez hubieran existido Nínive o el Imperio Asirio, mucho menos que hubieran dominado gran parte del mundo.

En ese tiempo, la única fuente histórica que de hecho podía verificar la existencia de este imperio eran las Sagradas Escrituras. Los relatos y profecías del Antiguo Testamento hablaban acerca de Asiria. Jesús también habló de la existencia de Nínive como un hecho histórico (Mateo 12:41). Sin embargo, algunos eruditos dudaron del testimonio de Jesús y los profetas, esto es, hasta “un

espectacular decenio a mediados del siglo XIX . . . [cuando] en el norte de Iraq Austen Henry Layard y Paul Emile Botta redescubrieron las antiguas ruinas de tres ciudades asirias [siendo una de ellas Nínive] y pruebas de la pompa militar que había aplastado toda resistencia desde el Tigris hasta el Nilo. El Imperio Asirio . . . en todo su impresionante poder, había sido resucitado por medio de la arqueología” (*ibídem*).

Los escépticos tuvieron que quedarse callados. Las excavaciones en Nínive y otros lugares en la región habían proporcionado un asombroso número de pruebas históricas, incluso “decenas de miles de tablillas” que contenían “muchísima información” (*The Interpreter's Dictionary of the Bible* [“Diccionario bíblico para el intérprete”], 1962, 1:275). □

campaña militar en Moab” (Charles R. Krahmalkov, “Exodus Itinerary Confirmed by Egyptian Evidence” [“La ruta del éxodo confirmada por pruebas egipcias”], *Biblical Archaeology Review* [“Revista de arqueología bíblica”], septiembre-octubre de 1994, p. 58).

Una ciudad que figuró en la conquista de la tierra de Canaán fue Hebrón. En Josué 10:36 leemos: “Subió luego Josué, y todo Israel con él, de Eglón a Hebrón, y la combatieron”. Aunque algunos críticos han asegurado que en ese tiempo no existía la ciudad de Hebrón, los mapas egipcios dicen lo contrario. Se menciona a Hebrón en una lista de ciudades que el faraón Ramesés II mandó grabar en la pared de un templo en Amón (*ibidem*, p. 60).

Inscripción antigua confirma la existencia de la ‘casa de David’

Durante muchos años algunos eruditos sostuvieron que varios de los personajes bíblicos, entre ellos el rey David, no eran más que mitos. Pero en 1993, como había sucedido en otras ocasiones, un descubrimiento muy significativo obligó a los críticos de la Biblia a retractarse. Unos arqueólogos que se encontraban excavando en el norte de Galilea “encontraron una extraordinaria inscripción del siglo noveno a.C. que menciona tanto la ‘casa de David’ como al ‘rey de Israel’” (“‘David’ Found at Dan” [“‘David’ es encontrado en Dan”], *Biblical Archaeology Review* [“Revista de arqueología bíblica”], marzo-abril de 1994, p. 26).

Este descubrimiento fue tan notorio que apareció en la primera plana del periódico *The New York Times*. La inscripción también muestra que Israel y Judá eran reinos importantes en el siglo noveno a.C., lo que refuta la actitud de los eruditos que decían que Israel y Judá nunca fueron naciones importantes y hasta dudaban que hubiera existido una monarquía unificada bajo el rey David.

Aunque esta es otra prueba que refuta los argumentos de quienes han rechazado la historia bíblica, debemos darnos cuenta de que es imposible comprobar cada suceso bíblico por medio de la arqueología. Muchas de las

Algunos eruditos llegaron al extremo de declarar que “nada en la Biblia anterior al exilio babilonio tiene exactitud histórica alguna” (André Lemaire, “‘House of David’ Restored in Moabite Inscription” [“La ‘casa de David’ restaurada en una inscripción moabita”], *Biblical Archaeology Review* [“Revista de arqueología bíblica”], mayo-junio de 1994, pp. 31-32). Pero vez tras vez tales eruditos han tenido que retractarse a medida que han salido a la luz más pruebas arqueológicas.

¿Acaso la arqueología confirma la Biblia?

Por lo que hemos visto hasta ahora, ¿qué podemos decir acerca de la veracidad de la Biblia? El escéptico siempre puede señalar detalles

pruebas originales ya no existen; muchos restos perecieron desaparecidos hace mucho tiempo. Buscar pruebas físicas de una persona determinada es como buscar una aguja en un inmenso pajar.

A pesar de estas dificultades, David se une a varios otros reyes de Israel y Judá cuyos nombres fueron mencionados en inscripciones de las naciones vecinas, entre ellos Acab, Acáz, Ocozías, Ezequías, Oseas, Joaquín, Jehú, Joás, Manasés, Manahem, Omri, Peka y Uzías.

Debemos tener en mente el número relativamente pequeño de restos que los arqueólogos han descubierto. Sin duda alguna, las excavaciones continuarán corroborando los acontecimientos narrados en la Biblia. A pesar de la relativa escasez de pruebas que se han descubierto hasta ahora, lo que ha sido encontrado apoya firmemente la Biblia.

El historiador británico Paul Johnson señala un cambio en el pensamiento relacionado incluso con los acontecimientos más antiguos que se mencionan en la Biblia: “. . . La ciencia de la arqueología moderna y la filología histórica de hecho proveen la verificación de los textos bíblicos más antiguos. Mientras que . . . a lo largo del siglo XIX y casi hasta la segunda guerra mundial el criticismo sistemático de los textos del Antiguo Testamento tendía a negar su historicidad y a reducir el Pentateuco en particular a un simple mito o leyenda tribal, la tendencia en el último medio siglo ha ido en sentido muy contrario . . . Los descubrimientos arqueológicos revelan claramente el marco histórico de la sociedad patriarcal que se describe en el libro del Génesis” (*The Quest for God* [“En busca de Dios”], p. 12). □

que aún tienen que ser corroborados, pero no debemos olvidar nunca que varias partes de la Biblia ciertamente *han sido confirmadas* por los descubrimientos arqueológicos. A la luz de pruebas como las que hemos mencionado en este capítulo, y que pueden ser encontradas en muchos libros de consulta, les toca a los escépticos probar la validez de su escepticismo.

Frank E. Gaebelien, estudioso de la Biblia y autor respetado, ha comentado que “la actitud de suspender el juicio en lo que se refiere a aspectos dudosos de la Biblia . . . está siendo reivindicada constantemente a medida que la arqueología ha resuelto los problemas de la Biblia uno tras otro, y conforme el análisis esmerado de las discrepancias ha conducido finalmente a las respuestas” (*The Expositor's Bible Commentary* [“Comentario bíblico del expositor”], 1979, 1:31).

En vista de esto, el que duda haría bien en analizar el motivo de su escepticismo y reflexionar seriamente acerca de la necesidad de vivir en obediencia a Dios. Si espera hasta que en su mente se resuelva cada pequeño detalle relacionado con algún supuesto error de las Escrituras o con las diferencias de cultura, bien podría descuidar o rechazar el llamado de Dios mismo. Estaría privándose de las bendiciones que reciben los que se esfuerzan por aprender y seguir el camino de vida de Dios.

El uso imparcial de la arqueología ha confirmado la veracidad y la exactitud técnica de la Biblia. En este capítulo hemos mencionado algunas de estas pruebas. Más descubrimientos habrán de venir, y como dijo el arqueólogo Nelson Glueck: “No se ha hecho ningún descubrimiento arqueológico que contradiga o se contraponga a los relatos históricos de las Escrituras” (*ibídem*).

La Biblia es la inspirada palabra de Dios, y su exactitud continúa siendo respaldada por el pico y la pala de la arqueología.

La Biblia y la ciencia

Hace algunos siglos la mayoría de los científicos y de los religiosos consideraban que la Biblia y la ciencia estaban de acuerdo. En el caso de presentarse algo que pareciera una discrepancia, la Biblia se consideraba más confiable, pero el concepto generalizado era que ambas estaban en armonía.

En tiempos más recientes, gran parte de esa armonía que una vez existió entre la Biblia y los científicos ha desaparecido. A medida que las suposiciones y las interpretaciones erróneas han desacreditado la Biblia (y la religión en general), la gente ha ido confiando más y más en la ciencia y en el razonamiento humano para obtener respuestas a sus incógnitas. Como resultado, la gente por lo general tiene más confianza en la ciencia y en las declaraciones científicas —comprobadas o no— que en la palabra de Dios.

No se requiere más que una breve mirada al mundo que nos rodea para darnos cuenta de que la ciencia en realidad ocupa el lugar preeminente en nuestra sociedad. En comparación, la religión ha sido enérgicamente destronada. La realidad es que la gente dedica muy escaso tiempo a la religión; los afanes de la vida, la tecnología y las diversiones se han confabulado para derribarla de su pedestal.

Mientras que en el pasado lo común era que la Biblia tenía precedencia sobre los descubrimientos científicos, ahora la situación es todo lo contrario. “En el siglo XIX surgió lo que ha sido llamado ‘cientificismo’, concepto que mantiene que sólo la ciencia puede abrir la puerta de la verdad y que lo que no sea científico es falso” (James Hitchcock, *What Is Secular Humanism?* [“¿Qué es el humanismo profano?”]),

1982, p. 44). En la actualidad, el académico típico le da más crédito a una teoría o a un texto de biología que a la Biblia.

¿Cuáles son las repercusiones de esta manera de ver las cosas? Una realidad muy significativa es que la ciencia sola no puede ofrecernos una ley o norma moral para decirnos *cómo vivir*. Al fin y al cabo, lo que nos enseña es que el hombre no es más que un animal y que la ley que rige nuestra existencia es la de la supervivencia del más apto.

Trágicamente, este es el concepto general que hemos visto desde los albores de la historia humana. Aun en tiempos recientes, más de una vez se ha perpetrado el genocidio. Ahora, nuestros logros científicos han hecho que el genocidio sea una posibilidad aún más aterradora. Las armas convencionales, nucleares, químicas y biológicas pueden aniquilar ciudades y hasta naciones enteras.

Cuando la ciencia reemplazó a la iglesia en el templo de los dioses de la humanidad, prometió una utopía de paz, prosperidad y plenitud que la religión no había podido lograr. Pero lamentablemente, ¡la ciencia ha hecho su aporte a los males que ahora amenazan la supervivencia del género humano! El sueño de producir un mundo pacífico se ha convertido en la pesadilla de la contaminación industrial, química y nuclear, entre otras muchas. Aunque es cierto que la tecnología científica nos ha beneficiado en muchos aspectos, la realidad es que también ha contribuido inmensamente a la horrorosa variedad de tensiones nerviosas, enfermedades y temores que nos agobian hoy en día.

Soluciones elementales a los problemas de la humanidad

La Biblia describe los temores infundados como una forma de esclavitud. En ella se nos revela también cómo podemos liberarnos de sentir temor (Hebreos 2:14-15). Se nos dice además que en el verdadero amor no hay temor (1 Juan 4:18). En el libro de los Salmos podemos ver cómo el rey David y otros siervos de Dios le pedían que los librara de sus angustias o temores: “Al Eterno clamé estando en angustia, y él me respondió” (Salmos 120:1; ver también 18:6; 34:4).

La Biblia nos muestra muchos ejemplos de personas que en sus momentos de inquietud frente a la muerte o algún otro tipo de aflicción recurrieron a las Escrituras y encontraron el consuelo y fortaleza que necesitaban. La Biblia es un libro práctico, y tiene que ver con nuestras debilidades y necesidades más apremiantes.

Las Escrituras proporcionan soluciones a los problemas más graves. En las páginas anteriores ya hemos visto ejemplos de la historicidad y exactitud de la Biblia. Pero ¿qué de su instrucción, la cual, si la seguimos, afecta nuestra vida diaria? ¿Cómo sabemos que la información que se encuentra en las páginas de la Biblia es verdad? ¿Debemos aceptarla o creerla sólo por fe?

Ciertamente la Biblia debe ser entendida y aceptada por fe; no obstante, esa no es una fe ciega o simplista. Dios no exige de un suicidio intelectual para poder creer lo que dice. Cuando se entienden correctamente, las Escrituras son lógicas y razonables. En este folleto hemos examinado ejemplos concretos de la veracidad de la Biblia, y existen muchos libros de consulta que proporcionan otras pruebas en forma más detallada. Creer en la veracidad de las Escrituras no exige una fe ciega; puede basarse firmemente en hechos debidamente comprobados.

La Biblia no es un libro de ciencias, pero el hecho es que *contiene* verdad científica; en otras palabras, es científicamente exacta. Es triste ver cómo muchas personas han llegado a pensar que la Biblia y la ciencia se contradicen. Aunque en ocasiones parece que no concuerdan, si examinamos cuidadosamente los hechos antes de sacar conclusiones veremos que los descubrimientos científicos frecuentemente confirman la veracidad de la Biblia. Otra cosa que debemos tener presente es que la ciencia misma está muy lejos de ser perfecta; no es extraño oír que nuevos descubrimientos modifican y en ciertos casos hasta derriban conceptos que previamente se consideraban como hechos científicos.

Un análisis cuidadoso de los hechos muestra que las Sagradas Escrituras proclaman e imparten conocimientos que el hombre, por medio de su investigación científica, sólo recientemente ha descubierto. Este conocimiento es elemental, pero habría mejorado grandemente la vida de la humanidad si se hubiera entendido y aplicado correctamente. Consideremos ahora algunas verdades que fueron consignadas en la Biblia desde hace miles de años, pero que sólo recientemente fueron redescubiertas y confirmadas como hechos científicos.

La sanidad y la medicina

Aunque la Biblia contiene relativamente poca información relacionada con la sanidad y la medicina, nos proporciona una guía sabia que la mayoría de las personas dan por sentada.

La base de una buena salud es un código sanitario adecuado. La Biblia revela las bases de ese código en el libro de Levítico. Este libro “tiene que ver con la higiene pública, el abastecimiento de agua, la eliminación de aguas residuales, la inspección y selección de comida, y el control sobre enfermedades infecciosas” (*New Bible Dictionary* [“Nuevo diccionario bíblico”], 1996, artículo “Salud, enfermedad y sanidad”). Aunque ahora damos por sentado este conocimiento, los científicos no entendieron ni aceptaron estos principios hasta en siglos recientes.

La mayoría de estos principios no se tomaban en cuenta en Europa durante la Edad Media. ¿Por qué? En gran parte porque la Biblia no era un libro fácil de adquirir. Los resultados de que tan poca gente tuviera este conocimiento bíblico fueron catastróficos. La espantosa peste negra de la Edad Media se propagó debido a las deplorables condiciones sanitarias que existían en Europa en esa época. La primera plaga apareció en 1347 “cuando una flota genovesa que retornaba del Oriente hizo escala en la bahía de Mesina; todos los miembros de la tripulación estaban muriendo o ya habían muerto de una peste causada por una combinación de cepas bubónica, pulmonica y septicémica de la plaga” (William Manchester, *A World Lit Only by Fire* [“Un mundo alumbrado sólo por fuego”], 1993, p. 34). Se calcula que las plagas de ese siglo causaron la muerte de hasta la cuarta parte de la población del continente.

La plaga revivió periódicamente durante varios siglos. Durante la Edad Media era común en las ciudades dejar que la basura y las aguas residuales se acumularan en las calles. Toda esta inmundicia era una fuente abundante de comida para una creciente población de ratas, en las cuales se criaban las pulgas que llevaban los organismos que causaban la plaga. La gente que ponía en práctica las medidas sanitarias mencionadas en la Biblia no fue afectada tan gravemente. Por ejemplo, la población judía, que en ese tiempo estaba más familiarizada con las Escrituras, sufrió mucho menos debido a que practicaba los principios bíblicos de la limpieza. Algo que fue de mucho beneficio para los judíos fue la práctica de poner en cuarentena a los que sospechaban que habían sido infectados con la enfermedad.

De hecho, “el origen de la palabra *cuarentena* es el uso judío del período de 40 días de segregación de pacientes con ciertas enfermedades . . . [Fue] adoptado por los italianos en el siglo XIV debido a la relativa inmunidad de los judíos a ciertas plagas . . . La perspectiva bíblica

sobre el enfermo, y sobre la salud en general . . . está quizá más al día que lo que generalmente se cree” (*New Bible Dictionary* [“Nuevo diccionario bíblico”], artículo “Salud, enfermedad y sanidad”).

Si la gente hubiera conocido y puesto en práctica los principios bíblicos de salud pública cuando la peste negra atacó, la epidemia habría podido ser controlada o eliminada. Sin lugar a dudas, el número de muertos habría sido sólo una fracción de lo que fue; cientos de miles de vidas podrían haber sido salvadas.

En la Biblia encontramos otras medidas prácticas para la salud. Por ejemplo, nos muestra una forma en que puede ser tratada una herida. En el relato del buen samaritano se nos dice que éste aplicó vino y aceite a las heridas de la víctima, y luego las vendó para protegerlas mientras sanaban (Lucas 10:34). El vino sirvió como desinfectante y el aceite de oliva como unguento sedante.

“El aceite de oliva tiene ciertas cualidades curativas y aún se usa en la medicina moderna” (*The International Standard Bible Encyclopedia* [“Enciclopedia internacional general de la Biblia”], 1986, artículo “Aceite”). La mezcla de vino y aceite produjo un desinfectante con el que el samaritano trató al herido. Por siglos estos métodos fueron olvidados en gran parte, hasta que fueron redescubiertos en tiempos más recientes.

Si se hubieran conocido y utilizado tales métodos aun tan recientemente como en la guerra civil de los Estados Unidos (1860-1865), el grado de mortandad habría sido mucho menor. En esa guerra “*más de la mitad* de los hombres que perecieron no fueron muertos en combate; simplemente murieron de enfermedades que contrajeron en los campamentos: tifoidea, pulmonía, disentería y enfermedades infantiles como sarampión y varicela”. Miles murieron a consecuencia de heridas relativamente menores que se les infectaron. “No se sabía nada acerca de cómo y por qué se infectaban las heridas . . . Fue asombroso el número de hombres que sencillamente se enfermaron y murieron, o que sufrieron algún rasguño o cortada leve y luego no podían hacer nada para evitar la infección” (Bruce Catton, *Reflections on the Civil War* [“Reflexiones acerca de la guerra civil norteamericana”], 1982, p. 43).

Muchos otros ejemplos corroboran la veracidad de los principios bíblicos consignados hace miles de años. En Proverbios 17:22 se nos dice: “El corazón alegre constituye buen remedio; mas el espíritu

triste seca los huesos”. La investigación científica confirma que por lo general una actitud optimista y alegre favorece la salud. Según un estudio llevado a cabo durante 27 años por la Universidad Duke, “la gente que sentía . . . desesperación, poco amor propio, falta de motivación . . . estaba un 70 por ciento más propensa a sufrir un infarto cardíaco” (periódico *Portland Oregonian*, 20 de junio de 1996). Otras investigaciones han revelado que la hostilidad prolongada es un factor que contribuye grandemente a los infartos cardíacos.

Hombres de Dios y de la ciencia

La verdadera ciencia y la Biblia no se contraponen. No es necesario que los defensores de una y otra libren batallas prolongadas e inútiles. Las investigaciones realizadas con imparcialidad demuestran que la ciencia y la Biblia se complementan mutuamente, como lo confirman los ejemplos que hemos mencionado en este folleto.

La humanidad necesita tanto la Biblia como la ciencia. Como humanos, podemos descubrir ciertas verdades sólo por medio de la fuente de revelación divina, la Biblia. Pero también debemos estudiar para aumentar nuestros conocimientos científicos, procurando siempre mejorar nuestra vida y entender mejor el mundo en que vivimos.

Algunos científicos y teólogos han reconocido que estas dos disciplinas no están en oposición. Hace algunos siglos, cuando la ciencia moderna aún se encontraba en su infancia y antes de que algunos de sus celosos defensores le declararan la guerra a la Biblia, muchos hombres sensatos reconocieron el valor de ambas. En ese tiempo “los defensores de la investigación científica con frecuencia aseguraban que Dios se había revelado a sí mismo en dos libros: el libro de sus palabras (la Biblia) y el libro de sus obras (la naturaleza). Como uno tenía la obligación de estudiar el primero, así también tenía la obligación de estudiar el segundo” (John Hedley Brooke, *Science and Religion*:

Cuando la Biblia y la ciencia parecen discrepar

¿Qué debemos hacer cuando, al parecer, la Biblia y la ciencia no concuerdan?

En los últimos siglos, la naturaleza inquisitiva del hombre, combinada con su habilidad para analizar y transmitir lo que ha aprendido, ha dado como resultado un tremendo aumento del saber. Por asombroso que parezca, siglos antes de que nuestros adelantos científicos y tecnológicos pudieran haber sido imaginados, la Biblia predijo esta explosión del conocimiento como una de las características de la sociedad moderna (Daniel 12:4).

En la actualidad hay personas que creen que los conocimientos recientemente adquiridos no concuerdan con la Biblia, particularmente en los campos de la biología, la antropología, la geología y la astronomía. Y es precisamente este concepto —de que la ciencia contradice las Escrituras— lo que ha llevado a muchos a dudar de la veracidad y autoridad de la Biblia.

A primera vista notamos lo que parece ser un choque entre la revelación y la ciencia, y podemos llegar a creer que tenemos que decidir entre las pruebas científicas

y las afirmaciones de las Escrituras. Este dilema puede causarnos angustia, pero la Biblia nos exhorta a buscar las respuestas, a examinar todos los hechos antes de que saquemos conclusiones (Proverbios 18:13; 1 Tesalonicenses 5:21).

En este folleto analizamos algunas de las supuestas contradicciones. La realidad es que el verdadero conocimiento científico no contradice la Biblia, ni la Biblia, entendida y aplicada correctamente, contradice los descubrimientos científicos comprobados.

Aunque la palabra de Dios nos exhorta a descubrir y aprender la verdad, también nos anima a mantener una mente abierta. Mucha gente supone que la Biblia dice ciertas cosas que en realidad no

dice. Otros mantienen una actitud negativa en contra de las Escrituras porque suponen que existe una multitud de pruebas que contradicen el texto bíblico.

Para esas personas sería muy difícil examinar la Biblia con imparcialidad. Pero lo que debieran hacer es seguir el ejemplo de ciertas personas nobles y ecuanímes de quienes se nos habla en Hechos 17:10-12: “Éstos eran más nobles que los que estaban en Tesalónica, pues recibieron la palabra con toda solicitud, escudriñando cada día las Escrituras para ver si estas cosas eran así”.

Esperamos que usted igualmente investigue, que busque la verdad y examine las pruebas para ver si la Biblia es realmente lo que dice ser: la inspirada palabra de Dios. □

Some Historical Perspectives [“La ciencia y la religión: Algunas perspectivas históricas”], 1995, p. 22).

El estudio de uno —la Biblia— es esencial. El estudio del otro es provechoso. Los siervos de Dios siempre han magnificado primero la palabra de Dios, y nunca han temido a la ciencia. Han reconocido que la creación física y la existencia de las leyes que la rigen son prueba contundente de la obra de Dios.

Salomón, rey de Israel, fue un hombre muy sabio. La Biblia habla de él como un hombre que tenía gran interés y entendimiento en las disciplinas científicas. Salomón entendía el movimiento de los vientos alrededor de la tierra y el ciclo hidrológico que causa la lluvia (Eclesiastés 1:6-7). Fue horticultor y plantó grandes viñas, huertos, jardines y árboles frutales de todo tipo (Eclesiastés 2:4-5). También conocía la botánica y la zoología, y entendía acerca de plantas, animales, aves, insectos y peces (1 Reyes 4:33). Era conocedor de la psicología, la sociología y las relaciones humanas, como lo demuestra el libro de los Proverbios.

Pero Salomón finalmente se dio cuenta de que todo este conocimiento material y físico no le traía la satisfacción que buscaba; su vida se había vuelto vacía. Su dedicación al conocimiento científico, sin darle la importancia debida al conocimiento y entendimiento espirituales de Dios, lo había dejado decepcionado y sin propósito en la vida (Eclesiastés 1:16-18). Después de mucho meditar, llegó a la conclusión de que el hombre debe poner en primer lugar a Dios: “El fin de todo el discurso oído es este: Teme a Dios, y guarda sus mandamientos; porque esto es el todo del hombre. Porque Dios traerá toda obra a juicio, juntamente con toda cosa encubierta, sea buena o sea mala” (Eclesiastés 12:13-14).

Moisés y Daniel

Moisés es otro ejemplo de un conocedor de las ciencias físicas que había sido bendecido con entendimiento espiritual. Él recibió formación “en toda la sabiduría de los egipcios” (Hechos 7:22). Con la guía de Dios, pudo distinguir entre lo bueno y lo malo, e indudablemente su educación le fue de gran beneficio cuando Dios lo llamó para que guiara a sus hermanos los israelitas a salir de la esclavitud y para gobernar a la nueva nación.

Otro siervo de Dios, el profeta Daniel, fue un estudiante brillante que recibió educación en “las letras y la lengua de los caldeos” (Daniel 1:4). En el tiempo de Daniel, Babilonia dominaba gran parte del mundo y su conocimiento científico estaba muy avanzado, particularmente la astronomía.

Al parecer, Daniel no vio ninguna contraposición entre las verdades científicas que los babilonios habían descubierto y el conocimiento que él tenía de Dios desde su juventud. De hecho, él prosperó sirviendo en puestos de alta jerarquía a los gobernantes de Babilonia y Persia. La educación de Daniel no disminuyó en lo más mínimo su fe en Dios. Sabía que la palabra de Dios era verdad e inviolable, y en sus escritos no señaló ningún conflicto entre el conocimiento científico y las Escrituras.

Nosotros debemos estudiar las Escrituras, porque nos “pueden hacer sabios para la salvación por la fe que es en Cristo Jesús” (2 Timoteo 3:15-16). Pero a medida que lo permitan el tiempo, el deseo y las oportunidades, conviene estudiar las ciencias físicas también. Al hacer esto seremos capaces de apreciar más profundamente la obra del Creador de todo lo que existe.

El apóstol Pablo entendía que el hombre puede aprender mucho acerca de su Creador con sólo observar la creación: “Porque las cosas invisibles de él, su eterno poder y deidad, se hacen claramente visibles desde la creación del mundo, siendo entendidas por medio de las cosas hechas, de modo que no tienen excusa” (Romanos 1:20).

Como lo expresó el periódico *The Wall Street Journal* en su edición del 10 de octubre de 1994: “Si un conocimiento superficial de la ciencia lo aparta a uno de Dios, un estudio amplio de la ciencia lo trae de regreso”.

La Biblia y la profecía

¿En qué otro libro podemos encontrar no sólo predicciones del futuro, sino también la historia de cómo esas mismas predicciones se cumplieron siglos después? No existe prueba más impresionante de la veracidad de la Biblia que el cumplimiento de las profecías.

Aunque numerosas profecías bíblicas están aún por cumplirse, muchas otras ya se han cumplido, como lo demuestra la historia bíblica. Si podemos comprobar que alguna profecía se cumplió incluso en los pequeños detalles, será difícil hacer caso omiso de tales pruebas.

Por medio de la profecía, Dios les da a los escépticos una gran oportunidad para refutar la Biblia, si pueden demostrar que está equivocada. Isaías, Daniel y otros profetas hicieron muchas declaraciones, algunas con lujo de detalles, y Dios nos invita a que examinemos lo que nos ha dicho por medio de sus instrumentos humanos.

El Todopoderoso desafía a los incrédulos: “Yo soy Dios, y no hay otro Dios, y nada hay semejante a mí, que anuncio lo por venir desde el principio, y desde la antigüedad lo que aún no era hecho; que digo: Mi consejo permanecerá, y haré todo lo que quiero” (Isaías 46:9-10).

Los antiguos israelitas con frecuencia consultaban deidades paganas y falsos profetas con la esperanza de saber de antemano lo que iba a suceder en diferentes situaciones. Su confianza en este tipo de información no era más que vana idolatría.

Dios desafía a los escépticos

El Eterno mismo dice que la profecía cumplida es una prueba del verdadero Dios: “El Señor, el rey de Jacob, dice: ‘Vengan ídolos,

a presentar su defensa, vengan a defender su causa. Vengan a anunciarnos el futuro y a explicarnos el pasado, y pondremos atención; anúnciennos las cosas por venir, para ver en qué terminan; dígnanos qué va a suceder después, demuéstrennos que en verdad son dioses. Hagan lo que puedan, bueno o malo, algo que nos llene de miedo y de terror” (Isaías 41:21-23, Versión Popular).

Las personas más inteligentes y bien educadas se encuentran perplejas acerca de lo que está sucediendo en el mundo, incluso cómo resolver problemas que por generaciones han desafiado toda solución que el hombre ha concebido. No obstante, Dios conoce las soluciones y ha declarado exactamente cómo serán resueltos nuestros males abrumadores. Él sabe cómo terminará la experiencia humana.

En las Escrituras encontramos varias profecías y sus cumplimientos que demuestran que la Biblia es un libro inspirado por Dios. El hecho de que él pudo predecir acontecimientos con siglos de anticipación, y luego hacer que se llevaran a cabo, es una prueba irrefutable de su existencia y de que la Biblia ciertamente es su palabra inspirada para nosotros. Si él ha podido hacer que *algunas* de sus profecías se cumplan, resulta obvio que está dentro de su poder hacer que *todas* las profecías de la Biblia se cumplan.

Reflexionemos sobre lo difícil que es predecir el futuro. ¿Acaso algún ser humano pudo predecir la caída repentina de la Unión Soviética o la demolición del muro de Berlín? El mundo quedó asombrado ante esos sucesos tan inesperados.

Por otra parte, durante la guerra del golfo Pérsico en 1991 algunos seudoprofetistas anunciaron que era el principio del “Armagedón”. Desde luego, ese conflicto bélico final ocurrirá exactamente como está profetizado, pero esa guerra no lo fue. Quienes entienden la profecía bíblica sabían que, a pesar de la gravedad de aquella crisis, en ese entonces no estaban presentes todos los factores necesarios para desatar la gran crisis que ocurrirá al final de la era actual.

Esta crisis viene con toda seguridad, pero el hombre no puede predecir exactamente *cómo* ni *cuándo* se producirá. A lo largo de la historia acontecimientos estremecedores han cogido totalmente desprevenidos a los más grandes estadistas. Cuando finalmente esté preparado el escenario para la última guerra, aun los más destacados dirigentes mundiales estarán desconcertados.

El potencial para que ocurran cambios espeluznantes en la situación mundial aumenta a la par con la revolución tecnológica. Estos acontecimientos asombrarán a la humanidad como nunca antes. Gran parte del mundo se enfrenta al futuro con temor y recelo, y no sin razón, especialmente a medida que se agravan las guerras, el terrorismo, la iniquidad y la inmoralidad. Nadie puede prever con absoluta certidumbre todos los giros y vueltas que ocurrirán en los próximos años.

¿Cuánto podemos saber?

¿Cuánto puede conocer realmente un cristiano acerca del futuro? En ocasiones, algunas personas han hecho predicciones descaradas, especialmente durante tiempos de crisis o incertidumbre. En el libro de Daniel se profetizaron acontecimientos que se cumplieron hace muchos siglos, así como otros que están aún por cumplirse. Dios dijo a Daniel: “Cierra las palabras y sella el libro *hasta el tiempo del fin*. Muchos correrán de aquí para allá, y la ciencia se aumentará” (Daniel 12:4). Este versículo nos indica que algunas profecías habrán de ser entendidas a medida que se acerque el fin de la era actual.

Las Escrituras nos dicen que gran número de profecías no se cumplirán en su totalidad hasta el retorno de Jesucristo, la resurrección de los muertos y el establecimiento del Reino de Dios (ver 1 Tesalonicenses 4:16-17; Apocalipsis 5:10). Parece probable que el pueblo de Dios no entenderá algunos de los grandes acontecimientos que conducirán a ese tiempo hasta el momento de su cumplimiento o poco antes (Daniel 12:9-10; Amós 3:7).

El entendimiento de algunos de los principales acontecimientos proféticos es una guía decisiva para comprender dónde nos encontramos cronológicamente en el plan de Dios. La Biblia es la única fuente de información confiable en estos asuntos. Así como predijo mucho de lo que conocemos como historia, en igual forma puede ayudarnos a entender lo que aún está por acontecer.

El propósito de este capítulo es examinar algunas de las profecías que ya se han cumplido. De esta manera podremos ver más claramente que la Biblia realmente es la palabra de Dios, una fuente de información confiable que puede ayudarnos a entender asuntos que afectarán profundamente nuestro futuro. Podremos ver por qué la profecía bíblica ha sido llamada “historia escrita por adelantado”.

Profecías clave

Las profecías del libro de Daniel nos proporcionan claves esenciales para establecer la exactitud de la profecía bíblica. Muchas de estas profecías son tan específicas y detalladas que, al mostrarse las pruebas, hasta la mente más parcial no hallará cómo refutarlas.

De hecho, algunos escépticos no han querido desafiar la exactitud del *contenido* del libro de Daniel; mas en lugar de aceptar que sus palabras fueron realmente inspiradas, dicen que el libro es un fraude. Afirman que no fue escrito por Daniel en el sexto siglo antes de Cristo (como podemos ver por los sucesos descritos en el libro), sino que fue escrito por un autor desconocido algún tiempo después del año 200 a.C., mucho después de que los sucesos profetizados habían ocurrido. Según estos críticos, esa es la razón de la brillante exactitud profética del libro.

Quizá la parte más conocida de este libro es el relato de cuando Daniel fue echado en el foso de los leones (capítulo 6). La atestación de Daniel desafía a los críticos, pero veamos primero la actitud de éstos. Los críticos niegan que Daniel fue quien escribió el libro porque en los primeros capítulos se hace referencia a él en tercera persona, como si alguien más estuviera escribiendo acerca de él. Sin embargo, Gleason Archer hace notar que esta “era la costumbre entre los antiguos escritores de asuntos históricos . . .” (*The Expositor’s Bible Commentary* [“Comentario bíblico del expositor”], 1986, 7:4). No obstante, al relatar algunas de sus experiencias Daniel escribió en primera persona (Daniel 7:15; 8:15; 9:2; 10:2).

Identificar a los críticos de Daniel también es importante. La primera persona que puso en tela de juicio la autenticidad del libro de Daniel fue el historiador griego Porfirio (233-304 d.C.). Los historiadores lo han clasificado como neoplatónico, o sea que fue mucho más partidario de las teorías de Platón que de la Biblia. “Porfirio es bien conocido como un violento opositor del cristianismo y defensor del paganismo” (*Encyclopædia Britannica*, undécima edición, 22:104). El *Gran diccionario enciclopédico ilustrado*, de Selecciones del Reader’s Digest, nos dice que Porfirio escribió una obra en 15 libros titulada *Contra los cristianos*.

El hecho de que Porfirio era enemigo del cristianismo hace sospechar de su imparcialidad. Él no tenía en qué basar su opinión, y su punto

de vista contradecía las palabras mismas de Jesucristo, quien se refirió a Daniel como el autor del libro (Mateo 24:15).

El erudito bíblico Jerónimo (340-420 d.C.) refutó la opinión de Porfirio. Después de eso, nadie volvió a tomar en serio las críticas de Porfirio hasta muchos siglos más tarde. “. . . Los eruditos cristianos lo rechazaron como un simple detractor pagano quien había permitido que una parcialidad naturalista pervirtiera su juicio. Pero durante la época de la Ilustración, en el siglo XVIII, se llegó a sospechar de todos los elementos sobrenaturales que se encuentran en las Escrituras . . .” (*The Expositor's Bible Commentary* [“Comentario bíblico del expositor”], 1986, 7:13).

En la actualidad, algunos eruditos de tendencia liberal han revivido estos antiguos razonamientos. Eugene H. Merrill, historiador del Antiguo Testamento, dice que estas creencias están basadas en pruebas de poco peso. “La retórica y el lenguaje [de Daniel] encajan perfectamente en el siglo sexto [a.C.] . . . Es sólo el razonamiento más subjetivo e indirecto que ha negado la historicidad del hombre y de sus escritos . . .” (*Kingdom of Priests* [“Reino de sacerdotes”], 1996, p. 484).

Una predicción y un cumplimiento prodigiosos

La exactitud de la predicción de Daniel acerca de sucesos del futuro remoto es impresionante. Por ejemplo, él escribió la profecía de las “setenta semanas” en “el año primero de Darío hijo de Asuero” (Daniel 9:1, 24). El primer año de Darío fue aproximadamente 539 a.C. En este asombroso pronunciamiento, “Daniel predice el año preciso de la aparición de Cristo y el comienzo de su ministerio en 27 d.C.” (*The Expositor's Bible Commentary* [“Comentario bíblico del expositor”], 1986, 7:9).

Otra notable profecía consignada por Daniel es su interpretación del sueño de Nabucodonosor en el capítulo 2. En el segundo año de su reinado, ese rey babilonio tuvo un sueño inquietante que ninguno de sus consejeros pudo explicar. En la cultura babilónica se les daba mucha importancia a los sueños, y Nabucodonosor estaba convencido de que éste era muy importante (Daniel 2:1-3).

Su sueño nos da una “revelación del plan de Dios a lo largo de las edades hasta el triunfo final de Cristo” y “presenta la sucesión predeterminada de las potencias mundiales que habrán de dominar

el Cercano Oriente hasta la victoria final del Mesías en los últimos días” (*The Expositor's Bible Commentary* [“Comentario bíblico del expositor”], 1986, 7:39, 46).

Daniel, sin previo conocimiento del contenido del sueño, pero inspirado por Dios, se lo explicó a Nabucodonosor en forma detallada: “Tú, oh rey, veías, y he aquí una gran imagen. Esta imagen, que era muy grande, y cuya gloria era muy sublime, estaba en pie delante de ti, y su aspecto era terrible. La cabeza de esta imagen era de oro fino; su pecho y sus brazos, de plata; su vientre y sus muslos, de bronce; sus piernas, de hierro; sus pies, en parte de hierro y en parte de barro cocido” (Daniel 2:31-33).

Daniel le dijo a Nabucodonosor que su Imperio Babilónico estaba representado por la cabeza de oro (vv. 37-38). Luego la plata, el bronce y el hierro representaban los tres poderosos imperios que habrían de seguir a la extraordinaria Babilonia (vv. 39-40).

La interpretación de este sueño proporcionó una asombrosa presentación adelantada de la historia. Nabucodonosor tuvo ese sueño alrededor del año 600 a.C. y, según el relato, Daniel se lo interpretó sólo unos días después. La imagen representaba, en forma simbólica, la secuencia de grandes imperios que por siglos habrían de dominar el mundo civilizado.

“El imperio de plata sería el Imperio Medopersa, el cual empezó con Ciro el Grande, quien conquistó Babilonia en 539 . . . Este imperio de plata fue supremo en el Cercano Oriente y el Oriente Medio durante aproximadamente dos siglos” (*The Expositor's Bible Commentary* [“Comentario bíblico del expositor”], 1986, 7:47).

“El imperio de bronce fue el Imperio Grecomacedonio, establecido por Alejandro Magno . . . El reino de bronce duró de 260 a 300 años, antes de ser suplantado por el cuarto reino” (*ibidem*).

“El hierro implica dureza y crueldad y describe al Imperio Romano que alcanzó su máxima extensión bajo el reinado de Trajano” (*ibidem*). Trajano gobernó del año 98 al 117 d.C., y el Imperio Romano por sí mismo ejerció su dominio por muchos siglos.

El cuarto imperio tenía 10 dedos de los pies. Los pies y los dedos de la imagen estaban compuestos “en parte de barro cocido de alfarero y en parte de hierro”, como se puede leer en el versículo 41. “El versículo 41 tiene que ver con una fase o manifestación posterior de este

cuarto imperio, simbolizada por los pies y los 10 dedos hechos de hierro y arcilla, una base frágil para el gigantesco monumento. El texto claramente implica que esta etapa final será algún tipo de federación en lugar de un solo reino poderoso” (*ibídem*).

Otro sueño agrega detalles importantes

Otros aspectos de esta sucesión de imperios mundiales fueron revelados a Daniel en un sueño posterior. En esta ocasión los cuatro imperios estaban representados por cuatro bestias: un león (Babilonia), un oso (Persia), un leopardo (Grecia) y una cuarta bestia descrita como “terrible” y diferente de las otras tres (Daniel 7:1-7).

Leamos lo que el versículo 7 dice acerca de esta cuarta bestia: “Después de esto miraba yo en las visiones de la noche, y he aquí la cuarta bestia, espantosa y terrible y en gran manera fuerte, la cual tenía unos dientes grandes de hierro; devoraba y desmenuzaba, y las sobras hollaba con sus pies, y era muy diferente de todas las bestias que vi antes de ella, y tenía diez cuernos”. ¿Qué significa esta descripción? Es una referencia al gran poder de Roma, el cual aplastaba a todos los que se le oponían. “Así, lo que se resalta en el simbolismo de esta terrible cuarta bestia . . . es el poder superior del coloso de Roma” (*The Expositor’s Bible Commentary* [“Comentario bíblico del expositor”], 1986, 7:87).

¿Cuál es el significado de los 10 cuernos? El cumplimiento final de esta parte de la profecía pertenece al futuro. “Parece ser que los 10 cuernos se refieren a un resurgimiento del Imperio Romano en el tiempo del fin . . .” (*ibídem*, p. 25).

Esto concuerda con Daniel 2:44, que señala claramente que el retorno de Cristo sucederá en una época durante la cual aún habrá vestigios de la cuarta bestia o reino: “En los días de estos reyes el Dios del cielo levantará un reino que no será jamás destruido, ni será el reino dejado a otro pueblo; desmenuzará y consumirá a todos estos reinos, pero él permanecerá para siempre”.

La mayor parte de estos acontecimientos proféticos, tal como se relatan en los dos sueños, ya se ha cumplido. Su fiel cumplimiento confirma que la Biblia ha sido inspirada por Dios, porque ningún ser humano hubiera podido jamás predecir esto por sí mismo. “Hay un Dios en los cielos, el cual revela los misterios, y él ha hecho saber al rey Nabucodonosor lo que ha de acontecer en los postreros días . . .” (v. 28).

La profecía más detallada de la Biblia

En Daniel 11 se relata otra gran profecía. El tiempo en que fue revelada se da en el primer versículo del capítulo 10 como “el año tercero de Ciro rey de Persia”. Un ángel, Gabriel (Daniel 9:21), vino a Daniel para hacerle saber lo que le ocurriría a su pueblo “en los postreros días” (Daniel 10:14).

La profecía que aparece a continuación es la más detallada de toda la Biblia. El tercer año de Ciro fue más de 500 años antes del nacimiento de Cristo. No obstante, esta profecía revela las cosas que empezaron a ocurrir casi de inmediato y que continuarán hasta el retorno de Jesucristo. Las primeras fases de la profecía confirman lo que dice la Biblia, puesto que ya se han cumplido, como puede comprobarse con sólo estudiar un poco acerca de los imperios de Persia y Grecia. Ningún ser humano podría haber predicho esto con tal lujo de detalles.

Algunos de los detalles que vamos a examinar a continuación requieren de mucha atención, pero se aclaran al comparar las palabras proféticas con la historia.

Una prolongada intriga política

Los primeros 35 versículos de Daniel 11 hablan, con años de anticipación, de la intriga entre dos entidades políticas: el “rey del sur” y el “rey del norte”. En la historia profana con frecuencia se hace referencia a Tolomeo como el rey del sur; esta dinastía gobernó desde Alejandría, en Egipto. El rey del norte gobernó desde Antioquía, en Siria, bajo el nombre de Seleuco o Antíoco.

Con esto en mente, comentaremos ahora sobre la profecía. Por favor, lea en su propia Biblia los versículos que mencionamos, y recuerde que estas cosas fueron predichas mucho tiempo antes de que ocurrieran.

Daniel 11:2: Los “tres reyes” son Cambises II, el hijo mayor de Ciro el Grande; pseudo-Esmerdis, un impostor que se hizo pasar como el segundo hijo de Ciro, quien había sido asesinado secretamente; y Darío el persa. “El rey persa que invadió Grecia fue . . . Jerjes, quien reinó de 485-464 a.C.” (*The Expositor’s Bible Commentary* [“Comentario bíblico del expositor”], 1986, 7:128).

Versículos 3-4: “El versículo 3 nos presenta a . . . Alejandro Magno” (*ibídem*). El versículo 4 “sugiere claramente que este poderoso

conquistador iba a reinar por un tiempo relativamente corto . . . En siete u ocho años él logró la conquista militar más deslumbrante en la historia de la humanidad. Pero sólo vivió cuatro años más; y . . . murió de una fiebre en el año 323 . . .” (*ibídem*). El imperio de Alejandro fue dividido entre “cuatro imperios menores y más débiles” (*ibídem*, p. 129). El tío de Alejandro fue asesinado en 317 a.C. y el pequeño hijo de Alejandro fue asesinado en el año 310. “Por eso no había descendientes o familiares que sucedieran a Alejandro” (*ibídem*). Así que su reino fue repartido entre otros que no eran de su sangre (v. 4).

Los generales de Alejandro lucharon entre sí por el control del imperio. Estas pugnas por el dominio eliminaron a todos menos a cuatro, quienes vinieron a ser las cabezas de las cuatro partes en que se dividió el imperio. Los cuatro fueron Casandro, quien reinó en Grecia y el occidente; Lisímaco, en Tracia y Asia Menor; Tolomeo, en Egipto; y Seleuco, en Siria. De estos cuatro, dos —Tolomeo y Seleuco— ampliaron su dominio y su territorio; éstos fueron los reyes de Egipto y Siria respectivamente.

Las intrigas que se mencionan a continuación se relacionan con estos dos. Se hace referencia a ellos como el rey del sur (Tolomeo) y el rey del norte (Seleuco) debido a su ubicación en relación con Jerusalén.

Versículo 5: “El rey del sur sería Tolomeo I” (*ibídem*, p. 130). La expresión “uno de sus príncipes” se refiere a Seleuco, quien originalmente había servido a Tolomeo. En las intrigas que surgieron después de la muerte de Alejandro, Seleuco finalmente logró el control sobre Siria y vino a ser el rey del norte. Con el tiempo Seleuco ejerció más poder que Tolomeo. La dinastía de los seléucidas continuó hasta el año 64 a.C.

La guerra laodiceana

Versículo 6: Entre el rey del sur y el rey del norte existía un estado de tensión y hostilidad. Tolomeo I murió en el año 285 a.C. En el 252 los dos reinos intentaron hacer un tratado bajo el cual Berenice, la hija de Tolomeo II, se casaría con Antíoco II, el rey del norte. Pero Laodicea, primera esposa de Antíoco II, estaba enojada con él porque la había repudiado. Como represalia, ella, estando en el exilio, urdió una conspiración en la que mandó asesinar a Berenice y a su pequeño hijo. “Poco tiempo después, el rey mismo [Antíoco II] fue envenenado . . .” (*ibídem*).

Debido a que su hijo Seleuco II era demasiado joven para gobernar, Laodicea se declaró reina a sí misma. Lo profetizado de que “ella [Berenice] no podrá retener la fuerza de su brazo”, se refiere al plan de Laodicea para asesinar a Berenice. También fueron eliminados algunos de los nobles que apoyaban a Berenice como reina.

Versículos 7-9: Las venganzas continuaron, dando por resultado una serie de luchas que fueron conocidas como la guerra laodiceana. Tolomeo II murió al poco tiempo de que Laodicea mató a su hija Berenice. Tolomeo III buscó vengar la muerte de su hermana y, atacando al rey del norte, capturó Antioquía, la capital de Siria. En el versículo 8 se puede ver cómo Tolomeo recuperó “aun a los dioses de ellos, sus imágenes fundidas y sus objetos preciosos de plata y de oro” que habían sido robados de los egipcios por Cambises en el 524 a.C.

En el año 240, Tolomeo III y Seleuco II acordaron la paz, y las hostilidades cesaron hasta el 221, cuando murió Tolomeo III.

Versículos 10-12: Después del fallecimiento de Seleuco II sus hijos atacaron al rey del sur. Uno de ellos, Seleuco III, reinó sólo tres años y murió envenenado. Su actividad militar no fue muy importante. Otro hijo, Antíoco III (el Grande), “inundó y pasó adelante”: él conquistó Palestina.

El rey del sur, Tolomeo IV, se vengó (v. 11) y en la batalla de Rafia derrotó al ejército de Seleuco III, que era más numeroso. Después de su victoria Tolomeo se dedicó a una vida de libertinaje durante la cual exterminó decenas de miles de judíos en Egipto (v. 12). Por estas acciones debilitó su reino.

Versículos 13-16: La frase “al cabo de algunos años” se refiere a un suceso cuando, 14 años después de su derrota, Antíoco III vino en contra de Tolomeo V, quien aún era niño (Tolomeo IV había fallecido en el año 203). Debido a la vida disoluta de Tolomeo IV, las provincias egipcias se encontraban en desorden. Mucha gente, incluso judíos simpatizantes del rey del norte, se unieron a Antíoco en contra del rey del sur. La rebelión fue finalmente aplastada por el general egipcio Escopas (v. 14).

Escopas también rechazó el ejército de Antíoco durante el invierno de 201-200. El rey del norte respondió con otra invasión, y capturó la ciudad de Sidón, una “ciudad fuerte” (v. 15), donde Escopas se rindió. De esa manera Antíoco consiguió el dominio absoluto de la Tierra Santa, la “tierra gloriosa” (v. 16).

Versículo 17: El rey del norte “afirmará luego su rostro para venir con el poder de todo su reino; y hará con aquél convenios, y le dará una hija de mujeres para destruirle; pero no permanecerá, ni tendrá éxito”.

Una vez derrotado Escopas, Antíoco quiso obtener el control de Egipto mismo, y dio a su hija Cleopatra a Tolomeo V en matrimonio. Creyó que su hija traicionaría a su esposo en favor de él, pero ella frustró los planes de su padre al apoyar a su marido.

Versículos 18-19: En su frustración, Antíoco atacó las islas y ciudades que se encontraban a orillas del mar Mediterráneo. Los habitantes de algunos de estos lugares pidieron la ayuda de Roma, y Roma atacó y derrotó a Antíoco. Los romanos le quitaron mucho de su territorio y se llevaron varios rehenes a Roma, entre ellos el hijo de Antíoco. Además, le exigieron un tributo pesado (v. 18).

Después de la derrota ignominiosa, Antíoco regresó a su fortaleza Antioquía. No pudiendo pagar el tributo que le había impuesto Roma, intentó saquear un templo pagano. Su actitud encolerizó tanto a la gente que lo mataron, y así tuvo un fin desgraciado (v. 19).

Versículo 20: Según se puede leer en 2 Macabeos 3:7-40 (libro deuterocanónico que relata estos sucesos), el otro hijo de Antíoco, Seleuco IV, tampoco pudo pagar el tributo. Seleuco envió a Heliodoro, un judío, a saquear el templo en Jerusalén. Heliodoro fue a la ciudad santa pero no consiguió nada. Más tarde, Heliodoro envenenó a Seleuco, quien así fue muerto “aunque no en ira, ni en batalla”.

Antíoco Epífanés

Daniel 11:21-35: En estos versículos se nos habla del infame Antíoco Epífanés, hermano de Seleuco IV, el mismo que anteriormente había sido llevado cautivo a Roma. Fue “un opresor tiránico quien hizo todo lo que pudo por destruir completamente la religión judía” (*The Expositor’s Bible Commentary* [“Comentario bíblico del expositor”], 1986, 7:136).

Antíoco, un hombre increíblemente cruel, decretó la pena de muerte para quienes practicaran la religión judía. Por órdenes suyas “Eleazar, un anciano escriba, fue muerto a latigazos porque rehusó comer carne de cerdo. Una madre y sus siete hijos fueron destrozados sucesivamente en presencia del gobernador por haber rehusado adorar una imagen. Dos madres que habían circuncidado a sus hijos

recién nacidos fueron llevadas por toda la ciudad y arrojadas de cabeza desde la muralla” (Charles F. Pfeiffer, *Between the Testaments* [“Entre los testamentos”], 1974, pp. 81-82).

Versículo 31: Esto se refiere a los graves acontecimientos del 16 de diciembre del 168 a.C., cuando el enloquecido Antíoco entró en Jerusalén y mató a 80 000 hombres, mujeres y niños (2 Macabeos 5:11-14). Luego profanó el templo ofreciendo un sacrificio a Zeus, dios supremo de la mitología griega. Este ultraje prefiguraba un acontecimiento parecido que, según las palabras de Jesucristo, habrá de ocurrir en el tiempo del fin (Mateo 24:15).

Versículos 32-35: Esta es la historia del valor y voluntad indómitos de los macabeos, una familia de sacerdotes que lucharon contra Antíoco y sus sucesores. La rebelión de los macabeos contra el rey de Siria se inició cuando “Matatías, el principal sacerdote en la ciudad de Modín . . . después de matar al oficial de Antíoco quien había venido a imponer el nuevo decreto relacionado con la adoración idolátrica . . . encabezó un grupo de guerrilleros que huyó a las montañas . . .” (*The Expositor’s Bible Commentary* [“Comentario bíblico del expositor”], 1986, 7:141).

Matatías fue apoyado en la defensa de sus principios por sus cinco hijos, principalmente por Judas, quien recibió el apodo de Maqqaba (voz aramea que significa *martillo*, origen del nombre *macabeo*). Muchos de estos patriotas murieron por esta causa, pero su heroicidad finalmente expulsó de la nación al ejército sirio.

En este punto la profecía de Daniel pasa a un tema diferente, al “tiempo determinado” o, como lo expresa la Nueva Versión Internacional: “la hora final” (v. 35). “Con la conclusión del extracto previo en el versículo 35, termina el material profético que indiscutiblemente se aplica a los imperios helénicos y al conflicto entre los seléucidas y los patriotas judíos. La presente sección (vv. 36-39) contiene algunos aspectos que difícilmente se aplican a Antíoco IV, aunque la mayoría de los detalles podrían aplicarse a él lo mismo que a ‘la bestia’, su antitipo del tiempo del fin” (*ibídem*, p. 143).

Muchos eruditos bíblicos, tanto conservadores como liberales, “están de acuerdo en que todo el capítulo 11 hasta este punto contiene predicciones sorprendentemente exactas acerca del panorama de acontecimientos desde el reinado de Ciro . . . hasta el fracasado intento de Antíoco Epífanés de acabar con la fe judía” (*ibídem*).

Interpretación de las pruebas proféticas

No obstante, estos mismos eruditos no concuerdan en cuanto al significado de los pasajes proféticos de la Biblia. Hablando acerca de los dos puntos de vista, el comentarista Gleason L. Archer dice que para los eruditos conservadores “este patrón de profecía y cumplimiento [sirve como] una fuerte prueba de la inspiración y autoridad divinas de las Escrituras hebreas, ya que sólo para Dios sería posible predecir el futuro y hacer que su plan, tal como fue anunciado, fuera cumplido en forma precisa. Para los racionalistas, no obstante, quienes empiezan con la premisa de que no existe un Dios personal . . . no hay posibilidad de un cumplimiento genuino de la profecía . . . Todos los casos bíblicos de profecías cumplidas deben ser considerados como un fraude piadoso en el cual sólo después de que el suceso se llevó a cabo se inventó el cuento acerca de su predicción . . . Así es cómo los racionalistas explican todas las partes proféticas de la Biblia. Para ellos no puede haber tal cosa como la revelación divina de acontecimientos futuros. De otra forma, tendrían que abandonar su posición fundamental y reconocer la posibilidad de que exista lo sobrenatural, tal como lo demuestra el cumplimiento detallado de acontecimientos predichos por un profeta de Dios con más de 360 años de anticipación, como en el caso de Daniel” (*ibídem*, pp. 143-144).

¿Captamos todo el significado de esta última frase? Los que niegan la validez de la profecía bíblica lo hacen porque no quieren admitir la posibilidad de que exista lo sobrenatural; niegan la existencia de un Dios que puede predecir acontecimientos con gran acopio de detalles.

Algunos ateos confiesan que han adoptado su punto de vista simplemente porque no quieren que Dios les diga cómo vivir. Por ejemplo, el novelista y ensayista inglés Aldous Huxley escribió lo siguiente acerca de su parcialidad: “Yo tenía motivos para no querer que el mundo tuviera un significado; por consiguiente, supuse que no tenía ninguno, y fácilmente pude encontrar razones satisfactorias para esta suposición . . . El filósofo quien no encuentra significado en el mundo no lidia exclusivamente con un problema de pura metafísica; también está interesado en probar que no hay motivo válido para que él personalmente no haga lo que le plazca, o para que sus amigos no echen

mano del poder político y gobiernen en la forma que les parezca más ventajosa para ellos”.

Más adelante dice: “Para mí . . . la filosofía de que la vida carece de significado fue esencialmente un instrumento de liberación . . . Nos opusimos a la moralidad porque interfería con nuestra libertad sexual . . .” (*Ends and Means* [“Fines y medios”], 1937, pp. 270, 272-273).

¡Cuán claramente lo expresó! La gente niega la autoridad de la Biblia porque no quiere que Dios le diga cómo vivir. Pero a nadie le servirá semejante actitud cuando tenga que enfrentarse al juicio de Jesucristo, porque “de toda palabra ociosa que hablen los hombres, de ella darán cuenta en el día del juicio” (Mateo 12:36).

Hace más de 1900 años el apóstol Pablo se dirigió a algunas personas en la ciudad de Atenas que pensaban en forma semejante: “Por cuanto [Dios] ha establecido un día en el cual juzgará al mundo con justicia, por aquel varón [Jesucristo] a quien designó” (Hechos 17:31). El tiempo del juicio vendrá con toda seguridad, y Dios mostrará su misericordia al abrirles el entendimiento a todas estas personas para que cada una en lo individual tenga la oportunidad de aprender, comprender y seguir los caminos de su Hacedor.

La Biblia y usted...

Jesús proclamó con toda claridad: “Vendré otra vez” (Juan 14:3), y así lo hará. Pero si él hubiera de retornar ahora, ¿qué impacto tendría en la vida de las personas comunes y corrientes de este mundo? Si el Juez de toda la humanidad nos pidiera cuentas ahora (2 Corintios 5:10), ¿cómo saldría usted? En toda la historia del mundo sólo una sociedad se ha arrepentido como grupo cuando Dios le advirtió de los males que le sobrevendrían. Esa fue la antigua ciudad de Nínive, capital del Imperio Asirio, la cual se arrepintió cuando escuchó la predicación de Jonás (Mateo 12:41).

Aunque las naciones no cambien su sistema de vida, cada uno de nosotros en lo individual sí puede hacerlo. Conviene preguntar entonces, ¿cómo debería responder usted a la información que ha leído en este folleto? Si en realidad la Biblia es el manual de instrucciones que el Creador del universo inspiró para guiar la conducta humana, ¿qué implicaciones tiene para usted, apreciado lector?

El mensaje es claro: No importa lo que hagan otros, cada uno de nosotros tiene el poder y la responsabilidad personal de tomar la decisión de buscar a Dios. La Biblia es una guía en la que podemos confiar plenamente. Es la palabra de Dios para una humanidad que se encuentra en profundas tinieblas espirituales. Es el manual de instrucciones de nuestro Hacedor, en el que nos dice cómo debemos vivir.

Las Escrituras han estado disponibles por miles de años. La gente se ha enterado de la palabra de Dios por su testimonio escrito y de boca de sus profetas; ha oído la exhortación de Dios a que se arrepienta y obedezca. Pero sin importar quién haya traído el mensaje o qué

medio se haya utilizado, el resultado ha sido siempre el mismo: sólo una pequeña minoría le ha hecho caso.

Cuando Jesús predicó el evangelio a su propio pueblo, no lo escucharon. Les hizo ver un hecho vergonzoso: A pesar de que ellos tenían la palabra de Dios, rehusaban creerla y obedecerla, por lo que Dios se volvió a otros. “En verdad os digo que muchas viudas había en Israel en los días de Elías, cuando el cielo fue cerrado por tres años y seis meses, y hubo una gran hambre en toda la tierra; pero a ninguna de ellas fue enviado Elías, sino a una mujer viuda en Sarepta de Sidón. Y muchos leprosos había en Israel en tiempo del profeta Eliseo; pero ninguno de ellos fue limpiado, sino Naamán el sirio” (Lucas 4:25-27).

Jesús les hizo notar un hecho triste pero muy evidente: aunque son muchos los que han tenido la oportunidad de aprender la verdad de Dios, sólo un número relativamente pequeño ha respondido y permitido que ese conocimiento cambiara sus vidas (Mateo 7:13-14; 22:14).

Fe y elección

¿Cuál es la diferencia entre los que responden al llamado de Dios y los que no? Por lo general son varias cosas. Una es el convencimiento de que la Biblia es realmente la palabra de Dios; otra es el uso de la voluntad propia o libre albedrío. Dios nos ha dado el derecho de elegir; no nos *obliga* a hacer las cosas a su modo. Algunos, haciendo uso de su libre albedrío, responden en forma positiva cuando Dios los llama; otros rechazan el llamamiento. La decisión es siempre nuestra.

Pero existe otro factor que influye grandemente en cómo reaccionamos a la palabra de Dios. En este folleto hemos hecho frente al asunto de si la Biblia es veraz y, por tanto, una guía confiable para nuestra conducta. Hemos presentado varias pruebas sólidas que confirman que sí lo es. Aunque abundan las pruebas de que la Biblia es veraz, no son suficientes para satisfacer a todos los agnósticos y ateos. Si lo fueran, nadie sería agnóstico ni ateo, y toda persona razonable cuando menos creería que la Biblia es veraz, aunque no la obedeciera. Pero las Escrituras nos recuerdan que aun los demonios *saben* que Dios existe (Santiago 2:19); sencillamente han *decidido* desobedecerlo.

Dios nos ha dado libre albedrío y permite que nosotros elijamos si creemos lo que nos dice y si haremos uso de cierta medida de fe. La Biblia es un libro de fe. Si tuviéramos las pruebas suficientes para

refutar cada duda o recelo de los escépticos, no tendríamos necesidad de fe. Esta no es la forma en que Dios obra. Desde Adán hasta el presente todos los que Dios ha llamado han tenido que vivir por fe.

Y ¿qué es fe? La fe es “la certeza de lo que se espera, la convicción de lo que no se ve” (Hebreos 11:1). Con respecto a esto, el apóstol Pablo nos dice que Abraham “se fortaleció en fe, dando gloria a Dios, plenamente convencido de que era también poderoso para hacer todo lo que había prometido” (Romanos 4:20-21).

La Biblia y la generación actual

Mientras algunos exigen pruebas científicas antes de creer en la Biblia, otros no quieren reconocer a un Dios que se les presenta por medio de la Biblia y les impone una serie de leyes y normas sobre cómo deben conducirse; más bien, desean un dios que esté de acuerdo con el concepto que ellos tienen de la vida y del mundo.

El escritor Wade Clark Roof hace notar que muchas de las personas que nacieron entre el final de la segunda guerra mundial y aproximadamente 1964 “se han criado en una sociedad que hace hincapié en la elección, en conocerse y entenderse a sí mismo, en la importancia de la autonomía personal y de realizar el potencial propio, todo lo cual contribuye a un enfoque bastante subjetivo de la religión” (*A Generation of Seekers* [“Una generación de buscadores”], 1993, p. 30). Los de esta generación tienden a evitar la religión organizada. Es menos probable que pertenezcan a una iglesia establecida y que acepten la Biblia como una fuente de verdad objetiva. No saben a dónde recurrir para obtener respuestas a sus preguntas religiosas.

Sin saber qué es la verdad, o si ésta existe siquiera, estas personas tienden a buscar una iglesia que se acomode a su preferencia personal y no un lugar donde se enseñe objetivamente la verdad bíblica. Para muchos es más importante sentirse cómodos con su iglesia o congregación que participar en una iglesia cuyas enseñanzas y prácticas están basadas firmemente en la Biblia. Las experiencias que tuvieron en sus años de formación y ya como adultos jóvenes han contribuido a una sensación de alejamiento de las instituciones sociales, incluso las instituciones religiosas.

Como miembros de la primera generación que creció junto con la televisión, estas personas fueron acondicionadas para formar, de manera subjetiva, sus propios conceptos de la salvación. La generación

anterior obtuvo su concepto del mundo por medio de la lectura, pero sus hijos fueron educados principalmente con imágenes en la pantalla del televisor. “En una sociedad orientada hacia la lectura, se dio más importancia a lo objetivo, al uso racional de la mente, lo cual alentó la exposición de temas religiosos en forma lógicamente ordenada. El debate doctrinal y la reflexión teológica florecieron en ese medio . . . Pero en una sociedad en que todo se comunica con imágenes, lo subjetivo tiene precedencia sobre lo objetivo . . .” (*ibídem*, p. 135).

¿Cuál fue el resultado? Las últimas generaciones han adoptado una actitud filosófica diferente hacia Dios, las iglesias, la vida religiosa y la Biblia. Al parecer, para ellos no importa si la Biblia es veraz o no.

Algunos profesionales también tienen esta perspectiva: “No hay falta de eruditos —entre ellos historiadores, teólogos, filólogos y arqueólogos— quienes . . . han llegado a la conclusión de que, fundamentalmente, no es tan importante si los hechos relatados en la Biblia son correctos o no” (Werner Keller, *The Bible as History* [“La Biblia como libro de historia”], 1982, p. 433).

¡Pero sí que importa la veracidad de las Escrituras! Si los acontecimientos principales de la Biblia no ocurrieron, entonces ¿no podemos creer *nada* de lo que dice!

Los relatos acerca de los patriarcas del Antiguo Testamento son el fundamento sobre el cual se basa la historia bíblica. Si el Dios que dice haber inspirado la Biblia nos dio un conjunto de mitos y leyendas, entonces ¿cómo podemos tener confianza en lo que dice?

Abraham y Alejandro Magno

Según el Nuevo Testamento, los patriarcas y profetas de las Escrituras hebreas fueron personas reales. Como ejemplo, pensemos en Abraham, quien se nombra en la genealogía de Jesucristo (Mateo 1:1). En una confrontación con los fariseos, Jesús se refirió a Abraham como un personaje histórico (Juan 8:56-58). Si Cristo estaba equivocado, entonces él no era más que un hombre común y corriente; además, no estaba muy bien informado al respecto. En tal caso no podría ser nuestro Salvador, y nuestra fe sería vana. Por tanto, ¿sí importa la exactitud de la Biblia!

Crear en la historicidad de Abraham exige cierta medida de fe debido a que no se ha encontrado ningún escrito firmado por Abraham mismo. Pero la prueba de su existencia sí existe. Comparemos esto con

el caso de Alejandro Magno, otro importante personaje del mundo antiguo de quien tampoco se ha encontrado documento alguno que lleve su firma. La influencia de Alejandro en su tiempo es ampliamente reconocida. Él “cambió todo el mapa y la cultura y el idioma del mundo, aun las costumbres y el vestir de sus pueblos” (*The Interpreter's Dictionary of the Bible* [“Diccionario bíblico del intérprete”], 1962, 1:77).

Sin embargo, en lo que se refiere a material escrito acerca de la vida de Alejandro, el libro más antiguo del que tenemos conocimiento fue escrito 400 años después de su muerte. El primer biógrafo conocido de Alejandro fue el historiador griego Flavio Arriano, quien nació en el año 96 d.C. No contamos con el testimonio de ningún contemporáneo de Alejandro; no obstante, la mayoría de las personas están dispuestas a aceptar las palabras de un hombre que describe la influencia que Alejandro tuvo en el mundo, pero que vivió cuatro siglos después de que éste había muerto.

Los documentos bíblicos que datan de cuatro siglos después de la existencia de Abraham lo describen a él y al mundo en que vivió. Las mismas costumbres del mundo de Abraham y Sara, según se describen en los capítulos 15 y 16 del Génesis, se mencionan en tablillas que fueron encontradas en Nuzi, cerca de la ciudad de Asur en Asiria. Las tablillas “tienen que ver con asuntos tales como herencia y derechos de propiedad, esclavitud, adopción y cosas por el estilo” (Eugene H. Merrill, *Kingdom of Priests* [“Reino de sacerdotes”], 1996, pp. 38-39).

En un tiempo, algunos eruditos afirmaban que los sucesos descritos en estos dos capítulos del Génesis eran pura invención, tales como el caso de Abraham que engendró un hijo en Hagar, sierva de su esposa. Estos mismos eruditos tuvieron que retractarse cuando las tablillas de Nuzi demostraron que, cuando una mujer no podía concebir, tales costumbres eran cosa común y corriente en la sociedad de ese tiempo.

Si Abraham no fuera un personaje histórico, los millones de judíos y árabes que aseguran ser sus descendientes estarían sosteniendo una tradición falsa y miles de años de relatos ficticios. Jesús dijo que Abraham habrá de levantarse en la resurrección (Mateo 8:11). Negar la realidad histórica de Abraham es negar tanto las palabras de Jesucristo como los hechos y tradiciones que datan desde hace miles de años.

En resumidas cuentas, el meollo de este asunto es la fe. ¿Creemos que la Biblia es realmente la palabra de Dios? ¿Le creemos a Dios?

Dios nos exhorta a creer

A pesar del gran número de pruebas que confirman la veracidad de la Biblia, la fe para creerla proviene sólo de una relación personal con Dios. La duda y la incredulidad no son obstáculos insuperables. Aun personas que conocieron personalmente a nuestro Señor Jesucristo tropezaron a veces, como podemos ver en Marcos 9:24: “Creo; ayuda mi incredulidad”. Jesús tuvo compasión de ese afligido señor y sanó a su hijo (vv. 25-27).

Dios es comprensivo y entiende muy bien la naturaleza humana, “porque él conoce nuestra condición; se acuerda de que somos polvo” (Salmos 103:14). Él ayudará a todos los que lo busquen de todo corazón (Isaías 55:6-7; 66:2; Mateo 6:33).

Una forma de buscar a Dios es por medio del estudio concienzudo y sincero de la Biblia. Una constante investigación de las Escrituras fortalece nuestra confianza en Dios (Romanos 10:17). Si usted estudia sinceramente la Biblia, se sorprenderá de lo que dice; y a medida que vaya aprendiendo las verdades fundamentales, querrá estudiar más y más.

Usted se dará cuenta de que las Escrituras contienen las soluciones para los tremendos problemas que el hombre tiene que afrontar en la actualidad. Esto de por sí fortalecerá su fe en Dios. Tendrá confianza en que él está llevando a cabo su plan, tanto en el mundo como en la propia vida de usted. □

¿Quisiera usted entender mejor la Biblia?

La Biblia es el mayor éxito de librería en toda la historia. Cada año se venden o se obsequian millones de ejemplares en más de dos mil idiomas y dialectos. No obstante, la Biblia también ha sido clasificada como el libro que menos se ha entendido en la historia.

Quizá usted sea una de esas personas para quienes la Biblia es difícil de entender. Tal vez quisiera saber cómo aplicar mejor sus principios eternos y cómo tener una relación más íntima y personal con su autor, el Creador del universo. Si es así, le tenemos muy buenas noticias.

Usted puede llegar a entender realmente el Libro de los libros. Nos agrada ofrecerle *Cómo entender la Biblia*, un folleto de 34 páginas más íntima y personal que pueden ayudarlo a comprender las Sagradas Escrituras como nunca antes ha podido hacerlo.



Le invitamos a solicitar esta importante publicación hoy mismo a cualquiera de nuestras direcciones (ver la lista al final de este folleto). Será un gusto en enviársela gratuitamente y sin compromiso alguno de su parte. O si lo prefiere, puede descargarla directamente de nuestro portal en Internet: www.ucg.org/espanol

Otros títulos de interés, sin costo alguno para usted:

- *El evangelio del Reino de Dios*
- *Las fiestas santas de Dios*
- *El día de reposo cristiano*
- *Nuestro asombroso potencial humano*
- *El camino hacia la vida eterna*
- *¿Qué sucede después de la muerte?*
- *Usted puede tener una fe viva*
- *Los Diez Mandamientos*

Si desea más información

Este folleto es una publicación de la Iglesia de Dios Unida, una *Asociación Internacional*. La iglesia tiene ministros y congregaciones en México, Centro y Sudamérica, Europa, Asia, África, Australia, Canadá, el Caribe y los Estados Unidos.

Los orígenes de nuestra labor se remontan a la Iglesia que fundó Jesucristo en el siglo primero, y seguimos las mismas doctrinas de esa Iglesia. Nuestra comisión es proclamar el evangelio del Reino venidero de Dios en todo el mundo, para testimonio a todas las naciones, enseñándoles a guardar todo lo que Cristo mandó (Mateo 28:18-20).

Consultas personales

Jesús les mandó a sus seguidores que apacentaran sus ovejas (Juan 21:15-17). En cumplimiento de esta comisión, la Iglesia de Dios Unida tiene congregaciones en muchos países, donde los creyentes se reúnen para recibir instrucción basada en las Sagradas Escrituras y para disfrutar del compañerismo cristiano.

La Iglesia de Dios Unida se esfuerza por comprender y practicar fielmente el cristianismo tal como se revela en la Palabra de Dios, y nuestro deseo es dar a conocer el camino de Dios a quienes sinceramente buscan obedecer y seguir a Jesucristo.

Si usted desea hacer una consulta, bien sea sobre algún pasaje bíblico o sobre la vida cristiana, tendremos mucho gusto en responderle. Además, si tiene interés en asistir a las reuniones de la Iglesia de Dios Unida, será bienvenido.

Puede dirigir su correspondencia a cualquiera de nuestras direcciones. Nos dará mucho gusto servirle en todo lo que esté a nuestro alcance.

Absolutamente gratis

No solicitamos donativos al público. Sin embargo, gracias a la generosidad de los miembros de la Iglesia de Dios Unida y de otros colaboradores que voluntariamente respaldan nuestra labor, podemos ofrecer todas nuestras publicaciones gratuitamente.--□

Direcciones

BOLIVIA

Casilla 8193
Correo Central
La Paz

COLOMBIA

Apartado Aéreo 246001
Bogotá, D.C.

CHILE

Casilla 10386
Santiago
Sitio en Internet: www.unidachile.cl
Correo electrónico: unidachile@unidachile.cl

ESTADOS UNIDOS

P.O. Box 541027
Cincinnati, OH 45254-1027
Sitio en Internet: www.ucg.org/espanol
Correo electrónico: info@ucg.org

HONDURAS

Apartado Postal 283
Siguatepeque, Comayagua

MÉXICO

Sitio en Internet: www.unidamexico.mx